

Oscar Suárez

Papá, tu niña ya es una *adolescente*



“Papá, tu niña
ya es una adolescente”

Oscar Suárez

**“PAPÁ, TU NIÑA
YA ES UNA ADOLESCENTE”**

Presentación

A continuación encontrará un libro diferente a todos los que hablan de la psicología de la adolescencia, pues casi todos, por no decir todos, abordan esta importante etapa de maduración desde la mirada del adulto, y con la intención de describirla desde afuera.

Esta obra parte de las propias vivencias de la joven adolescente, tal como si el papá pudiera leer su diario y comprender, en el lenguaje de ella y de todas las chicas, lo que se está dando en su interior en este proceso de pasar de niña a mujer.

Es un escrito sencillo, agradable, corto, asequible a todos los públicos. Ha sido elaborado por un psicólogo preocupado por dar herramientas que faciliten a los padres de familia esa bella y delicada tarea de formar a las nuevas generaciones.

Será de gran utilidad a niñas adolescentes, padres de familia y educadores, así:

A la misma adolescente, su lectura le permitirá elaborar el proceso que vive y trascenderlo.

Al padre, le acercará al mundo privado de su hija, lo cual ya es valioso en la intención del encuentro amoroso.

Al educador (profesor o psicólogo), le servirá como material para iniciar un diálogo de reflexión, o cuando existan crisis entre un papá y su hija adolescente.

Este es el complemento que le pedían al autor, como expresión de los sentimientos adolescentes de la niña, que junto con la obra: "Papá: acércate, soy adolescente" forman la propuesta que él tiene para asumir de manera sana la adolescencia de los hijos (varón o mujer).

Introducción

La adolescencia señala un paso importante dentro del proceso de madurez y crecimiento humano.

No es un estado al que se llega. Es más bien un proceso, es decir, que cuando se ingresa a ella se introduce a toda una serie de cambios que no están circunscritos únicamente al muchacho o muchacha que lo vive. También involucra al padre; esa es la óptica desde la cual se quiere plantear este interesante e importante proceso psicológico humano. El papá también entra en cambio (y la mamá, naturalmente).

Aquí se ha considerado al padre (sexo masculino), por ser la figura que, estadísticamente, plantea la referencia conflictiva de la niña en este punto de su crecimiento. Con ello no se olvidan todas las variantes humanas: la mamá, que hace de papá o la mamá que en muchos hogares hace más de papá que ni el mismo progenitor masculino.

La palabra adolescencia, viene del latín *adolescere* que significa crecer. Como todo ser humano permanece en evolución se puede pensar, por tanto, que todas las personas somos eternos adolescentes.

Pero no es a esto a lo que hacen referencia los psicólogos cuando hablan de adolescencia, sino a un intermedio entre ser niña y mujer. La niña, en su camino para llegar a adulta, tiene que atravesar un ínterin en donde no es lo uno ni lo otro. No es niña, ni es mujer.

Entonces, ¿qué es?

¡Pues una adolescente!

Nadie puede precisar con absoluta seguridad las edades entre las cuales se encuentra comprendido este estado. Según los expertos, no existe una clasificación determinada. Algunos creen que se encuentra entre los 13 y los 18 años; otros, que se prolonga hasta los 25.

Otro autor considera que una persona siempre será adolescente, hasta tanto no cumpla estos tres aspectos:

1. Abandone la casa paterna.
2. Sea autosuficiente económicamente.
3. Tenga una relación afectiva estable.

De acuerdo con ese autor, habría muchas personas que, con la edad que sea, podrían considerarse eternos adolescentes. El asunto de decidir la edad para situar la adolescencia es complicado. Lo que sí está claro tanto para los padres como para los psicólogos es:

Que hay un estado de transición desde la niñez hasta la adultez, que en muchos casos (no en todos) plantea una crisis en la relación padres–hijos. Algunos papás la expresan así:

“Es cuando las muchachas o muchachos se vuelven difíciles”. A esto último es a lo que nos vamos a referir en este libro como adolescencia.

Se han escrito muchos libros sobre este proceso, enfatizando ante todo los cambios biológicos, y desde la mirada del adulto hacia la joven o el joven. Aquí se mira desde la joven que atraviesa este proceso. Es un aporte diferente y original. No está planteado como todos los libros: descripciones técnicas de la fisiología.

Es una carta breve y sincera, es como si el papá hubiera abierto el diario que toda jovencita escribe, y que le regalaron el día de sus quince, y en él encontrara escrito con los mismos términos de la niña lo que le está pasando con la intención de que el papá la entienda y entre los dos se dé un acercamiento.

El papá que lea este libro se asomará por unos instantes al mundo privado de su hija adolescente, y seguramente, reevaluará sus actitudes, en dirección al cambio.

Este escrito se inspiró en dos libros: “Alicia en el país de las maravillas” de Lewis Carroll, quien de una manera bellísima y extensa narra el cuento de una niña que en un sueño vive sus fantasías; es un planteamiento alegórico de lo mismo que le sucede (psicológicamente) a una jovencita cuando está intentando ser mujer; por esto se verán textos cortos extraídos de esa joya de la literatura universal que sirve de preámbulo al inicio de algunos capítulos.

También se ha inspirado en “Carta al padre” del autor checo-judío-alemán Franz Kafka (1883-1924); es una obra corta, que este escritor dejó inédita al morir, en la que pretendía dirigirle a su padre todos sus pensamientos y reflexiones frente a lo que significó para él la relación y su proceso de educación.

Para Kafka, la relación con su padre, por ser tan traumática, fue muy determinante y definitiva. Dicha relación le caracterizó toda su obra: “Mis obras trataban de ti, era como si me despidiera de ti” (Op. Cit.).

Es una carta breve y de una inmensa riqueza literaria y psicológica, pues es la descripción del mundo subjetivo de un niño y el recorrido que éste hace en su desarrollo, pasando por la adolescencia hasta el intento de llegar a la adultez.

El autor judío presenta en este pequeño libro una gran intuición de elementos emocionales que mediatizan la relación de un niño con una figura trascendental en su estructuración psicológica como es su padre.

Sin embargo, aunque “Carta al padre” de Kafka inspiró fundamentalmente este libro, como el anterior, “Papá: acércate, soy adolescente”, para muchachos, se diferencia de él en lo siguiente:

“Carta al padre” es una carta de un adolescente que le escribe a su papá, pero después de haber transcurrido la adolescencia, o como se dice en latín *Ex post factum* (después de haber pasado el hecho). Porque cuando Kafka lo escribió, él tenía más o menos, según se deduce del mismo escrito, como unos 37 ó 38 años, intentando, ya en la madurez, reelaborar esa relación tormentosa vivida con su padre, que no le permitió crecer, y siempre los mantuvo en continuo alejamiento y conflicto.

Esta obra, en cambio, se escribe en el momento actual en el que la niña está experimentando su proceso de adolescencia, en el aquí y ahora de la vida. Por lo tanto, se propone más bien prevenir consecuencias negativas’ adelantarse a los conflictos y dificultades y tratar, humildemente, de dar luces desde la posición del psicólogo.

El libro de Kafka, se enfatiza principalmente en los problemas, dificultades, como diríamos los psicólogos, en lo patológico. Esta obra, en cambio, plantea la adolescencia como esa bella etapa del despertar de sentimientos, las ilusiones y el amor. Por eso se complementa con “Alicia en el país de las maravillas”. Habla de lo positivo, de lo bueno, para invitar a la alegría en este universo de angustias, que a veces nos plantean los adultos con las niñas.

Se podría pensar que Kafka hace como una recriminación a su padre, del trato que éste le dio, pues le generó un autoconcepto deteriorado, una autoestima tan baja, que le acarreó la enfermedad y la muerte, acaecida a los 41 años de vida. En cambio, la presente obra es un diálogo amoroso y sincero entre una niña adolescente y su padre para que éste le permita crecer, ser adulta, sin perder la relación filial amorosa y cercana.

Este texto no supone intenciones patológicas en el padre; lo concibe como un papá corriente que se enfrenta al crecimiento de una de sus hijas.

La “Carta al padre” fue un hecho real, no sólo como documento, sino porque fue una carta que Kafka quería escribirle a su padre, la cual según algunos datos biográficos, nunca leyó el papá.

En cambio, esta obra es una propuesta experimental, pues ha sido elaborada, fruto de las muchísimas entrevistas y encuentros que el autor ha tenido y tiene con adolescentes que se han acercado a él buscando una, al menos una persona que entienda su estado y proceso.

Esta pequeña obra, es el deseo del autor de sintetizar lo que todas las chicas adolescentes dicen con sus rabietas, silencios, noticas y con sus lágrimas.

Es el intento de prestarle la pluma y los elementos teóricos sin que se pierda el carácter sentimental e íntimo de una comunicación en una relación entre padre e hija.

Busca que usted, como papá, aprenda cosas nuevas y la relación con su hija adolescente cambie, ¡para mejorar, claro!

... ¿Quién eres tú?
Aquel tono displicente no parecía
invitar a la confianza, por lo cual
Alicia respondió con timidez:
—Casi... lo ignoro ya, señor.
Podría decirle quién era hasta esta mañana,
pero sospecho que desde entonces
debo haber cambiado varias veces.
—¿Qué es lo que estás diciendo?,
exclamó el gusano, al no entenderla.
—Me es imposible explicarme mejor, señor,
no comprende usted que,
yo... ya no soy yo...
("Alicia en el país de las maravillas")
Lewis Carro

...Adolescente, ¿yo?

Querido papá:

Sé que estoy creciendo, ya no soy aquella niña que trajiste al mundo hace unos quince, dieciséis, diecisiete años, o más.

Me estoy dando cuenta de que me he alejado de ti; ya no corro a tu lado como lo hacía antes, cuando me entusiasmaba tanto al verte llegar; si llegabas tarde corría a llevarte las pantuflas o esperaba con ansia que me cargaras y me colmaras de besos. Podía sostenerte la mirada, mirarte fijamente a los ojos, sin sentir pena, miedo, ni ruborizarme.

En aquel entonces eras mi ídolo, sólo soñaba con el día en que me pareciese a ti, y pudiera hacer las cosas tal como tú las hacías.

Para mí, en ese entonces, eras el mayor de los sabios, no sospechaba de ti en ningún sentido. Creía que siempre tenías la razón frente a otros padres, que eras el más apuesto, que eras el más fuerte y nunca te equivocabas. Cuando otro niño decía algo en contra tuya, me molestaba mucho, hasta el punto de enojarme con él.

También ocurría lo mismo contigo cuando nací: te alegraste, sentías entonces la gran satisfacción de conocer a tu heredera, de no haber pasado desapercibido por este mundo sin dejar descendencia, más aún, sin dejar huella, porque yo soy el testimonio de que tú exististe y te perpetuaré en el tiempo. Me imagino que te dijeron: "Felicitaciones, es usted padre de una hermosa niña" y ahí empezó todo; una relación idílica, de ensoñación y alegría: "¿A quién se parecerá? —tal vez decías en tu interior—. Se parecerá a mi mamá, a mis hermanas, o a la abuela. O tal vez lleve el mismo rostro de la mamá".

Fue como una época de idilio; como si hubiésemos vivido un romance que fue cambiando poco a poco. Quiero que sepas que soy consciente de que dicho cambio no se debe sólo a ti, también a mí, porque soy una persona en evolución y necesito cambiar.

He ido cambiando... ni yo misma me he dado cuenta cómo ha sido eso; sólo sé ahora: que crecí, pero no soy adulta, y tampoco una niña.

Me encuentro en este gran dilema, y no sé dónde ubicarme.

Sigo siendo hija tuya y con el gran deseo, muy profundo, de que me cargues y me tengas en tus brazos; también de ser yo misma, de tomar mis propias decisiones, de escoger si creo en Dios o no, de poder tener la razón ante ti alguna vez sin que te sientas molesto.

Estoy experimentando quizá aquello que llaman los psicólogos, ¿la

adolescencia? Quizá, pero poco importa cómo se llama; lo cierto es que ni yo misma entiendo todo esto que surge dentro de mí.

Quiero encontrar dónde ubicarme, pero es difícil; tal vez yo misma debería aceptarme, reconocer que este proceso, que se está dando en mí, debería pasarme alguna vez. Pero lo que yo deseo es que tú también lo comprendas así y no veas otras ahí intenciones. Que no me mires con desconfianza o que pienses que todas las jóvenes por estar pasando por el mismo proceso, decimos mentiras, o consumimos drogas, o nos escapamos del colegio. Recuerda que cada ser es único e irrepetible.

Estos dos deseos que se oponen en mí: por una parte, querer aferrarme a tus brazos; por la otra, liberarme y volar, me confunden.

A veces tú mismo contribuyes a que esta ambigüedad se mantenga, cuando me dices que estoy muy vieja para algunas cosas, por ejemplo para reclamarte cariño, y muy niña para otras (para salir a fiestas).

Yo no me entiendo. Ahora cuando puedo decirte esto, siento deseos de llorar; pensarás por qué y te molestarás, pues sabes que me das lo que necesito para vivir, y no tengo que preocuparme por el sustento ni por nada mío. Pero a veces siento inmensos deseos de llorar, es una angustia tan profunda, un miedo y una confusión que no sé de dónde proviene.

Es un llanto distinto a los demás, verás. Es como si cada vez que llorara, me organizara por dentro, o si cuando mis lágrimas fluyen tan libremente, mi alma se relajara, pues ese líquido lava todos mis sentimientos. Papá, no quiero que te rías de esto.

Suena como a muy romántico o iluso, pero es lo que siento.

El sentir dolor me causa angustia y opresión —y pensar que no hay razón para sentirlo—; es como un enojo conmigo misma por sentirme así, pero nada puedo hacer ante esto; ilo siento y eso basta! Siento temor de decírselo a alguien, porque puede pensar que soy un bicho raro o en el mejor de los casos que estoy loca, y no quiero que me alejen o me miren de esa forma.

Quiero encontrar a quién decirle estas cosas y que no se ría de mí, ni me aconseje. Que me deje ser. No quiero que me mandes a donde el psicólogo. Yo sé que con él puedo hablar, pero si lo haces sentiré que quieres desprenderte del problema y tirarle la pelota a otro; pues recuerda que aunque crecida sigo siendo tu hija y ahora también te necesito.

Te digo que no son consejos lo que necesito, porque presiento que tendrás una receta con la cual me despacharás y no es eso lo que yo quiero de ti.

Quiero tenerte a mi lado viviendo todo este proceso donde yo me organizo, me desarrollo.

Quiero que escuches sin calificar de bobas o absurdas mis ideas, quiero que intentes asomarte a mi mundo.

En mi cabeza hay tantas preguntas, ilusiones y tantas esperanzas, que hacen que mi corazón sienta nostalgia. Trato de comprenderte, cuando te escucho decir que no me comprendes, pues ni yo misma logro hacerlo.

Las preguntas que me hago son distintas a las que me hacía de niña.

En el fondo quiero saber quién soy yo. Y, como es natural, soy la única persona que podrá responderlo.

Créeme, no es fácil responder a esa pregunta, máxime cuando he caminado tanto tiempo de la mano tuya y de la de mamá. A todas partes me acompañaban. Nunca estuve sola. Ahora que me toca y debo estar sola es cuando empiezo a sentirme extraña porque es nuevo para mí.

Créeme, también existe muy en mi inconsciente, dudas e inquietudes sobre mi identidad sexual... sí... ¿Qué es eso de ser mujer? Paso de niña a mujer y nadie me ha enseñado cómo hacer eso.

Todavía no me sobrepongo a la menstruación, ¿por qué no les da a los hombres? Entiendo racionalmente lo de la concepción, pero me parece que ello debería ser igual para hombres y mujeres.

Me miro mucho tiempo al espejo, horas y horas. No creas que sólo es vanidad. Trato de conversar conmigo misma, me miro a los ojos y me pregunto qué pasó con aquella niña que estaba dentro de mí. Para dónde se fue mi cuerpo. Suena algo ridículo, pero es como un dolor que me sale de muy adentro, después de haber sufrido una metamorfosis. Es como ser una mariposa que debe alzar vuelo pero no se atreve.

La mariposa se transforma y... izumml!, echa a volar, porque no es consciente de que existe... En cambio, yo sí tengo pensamiento y él me hace cuestionar, reflexionar... ¿Eso será angustia existencial?

Tengo otro cuerpo, que no he aceptado plenamente; me siento extraña, han crecido mis senos, se han ensanchado mis caderas. No es suficiente para mí escuchar de todos los adultos: "Es normal", "le pasa a todas las chicas", "no te preocupes". Es mi vivencia interior la que me preocupa y la que quiero compartir contigo para que me entiendas cuando tenga momentos de silencio o de malgenio. Estoy elaborando eso, o sea, estoy como pensándolo muy despacio, para entenderlo y aceptarlo.

Bueno, por eso es que me miro al espejo, como si quisiera grabar otra vez mi imagen que no la reconozco. Me imagino que habrás notado que vivo pendiente de mi look. ¡Claro! Es mi nueva adquisición, es como el nuevo traje que saco a lucir y debe estar lo mejor que se pueda. Le echo cabeza y le boto corriente, ¿soy una adolescente?

Hay otras inclinaciones que también son nuevas y que necesito orientar con tu ayuda y comprensión. Por ejemplo, el deseo sexual que empieza a aflorar.

¿Y la música? Es distinta, es ruidosa, es fea, tal vez en tus palabras, pero me

permite esconderme en algo que se parece mucho a lo que está pasando por mi mente. Ese ruido externo me hace olvidar el ruido interno, tan intenso, que se agolpa en mí. Ya hablaremos en más detalle de esto.

El maquillaje, el novio, las fiestas, los amigos. Todo esto es lo que yo considero la libertad. Lo curioso es que se repite la historia.

No quiero que me dejes sola y a la vez quiero que me sueltes. Dices que no me vas a permitir el libertinaje. No es eso. Temes dejarme escoger las amistades. Confía en mí. Que es como confiar tú en ti mismo, en lo que fuiste capaz de inculcarme. En la forma tuya de educarme. Ahora, déjame poner en práctica lo que me enseñaste, no hay otra forma de aprender en la vida.

Todo lo que me gusta es mi mundo: lleno de música, de ilusiones, de sueños compartidos con amigos. Sé que habrá amigos que no te caerán del todo bien; es posible que en el fondo la molestia que sientes hacia ellos es que presumes que intentamos confabular contra ti soterradamente. Es posible. A veces nos unimos y hacemos como una guerra generacional. Deseamos implantar nuestro estilo de vida y derrocar el orden establecido. Soñamos con la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Un mundo de hermanos donde todos tengan lo suficiente para vivir, sin opresión y sin castigo. Donde los niños sonrían, donde no exista la incompreensión y donde la muerte haya sido destruida.

¿La religión? Sí... me importa..., pero no como antes..., tengo dudas... No soy atea, o hereje... Si lo he dicho es porque he querido verte rabiar y hacerte ver que tengo derecho a ser distinta a ti... y no una copia fiel a su original. Lo que me has enseñado desde niña tal vez no se desbarate de un momento a otro... es que quiero tomarme algunas distancias de eso que me enseñaron mi abuela tú, y los padres; quisiera pensarlo, reorganizarlo para mí.

Estar acompañada de mis amigos, que me han contagiado de la misma apatía sobre la religión. Creo que a la religión le falta alma, más vida; yo pienso que debería haber una religión para los jóvenes: llena de esperanzas y alegrías, no tan trágica y centrada en la muerte y la vida eterna, como si no fuera más importante la vida aquí, vivir este ahora, este mundo que tiene más flores que espinas.

¿Acaso no es más importante el bien que podemos hacerle a las personas ahora, cuando estamos aquí juntos y no esperamos otra vida?

Sé que la religión es importante para ustedes. Bien podría asumirla por el amor que les tengo, pero siento que no es justo conmigo, ni con la religión misma. Debe ser una reflexión consciente y no sólo para agradar o complacer. Fui bautizada cuando estaba muy niña, no sabía entonces lo que hacía; ahora soy consciente y responsable y es otra cosa.

Intenta mirarme con otros ojos; no como quien te quiere atacar, aunque a

veces lo haga sin querer. Sé que para ti también es difícil, pues no te has dado cuenta cómo me fui haciendo grande de un momento a otro. Por eso, ahora pasaré a explicarte punto por punto lo que aquí te he dicho de una vez; quisiera incluir también mis errores. No lo tomes como una culpabilización que te hago. No quiero herirte, ni acusarte; sólo intento acercarme a ti.

Fíjate, es la primera vez que soy adolescente, que empiezo a sentir deseo sexual. ¿Has oído hablar del narcisismo? Pues a veces me parece que tengo algo de eso. Sé muy en el fondo que esto también pasará. Sólo es uno de los pasos que he de dar en este proceso que vivo y se llama crecer.

A veces me creo el centro de las miradas. Quiero ser el centro. Quiero figurar. Quiero existir. Deseo mostrarme; sí, que me vean con ropa bonita porque estoy estrenando un nuevo cuerpo y vale la pena ponerse el mejor traje y... celebrar.

Cuando te hablaba de un sentimiento oceánico y te contaba la experiencia de gran soledad al estar en medio de una multitud, recordaba una frase, de un señor Heidegger, que me enseñaron en filosofía: "Cuando somos conscientes de la vida... es como si despertáramos en un tren que va en marcha". Eso también es angustiante. Es tan distinto a cuando era niña. Tú ya lo sabes, llevas muchos años experimentándolo... yo empiezo, por eso pido tu apoyo y comprensión.

A veces me siento inmortal; sí, suena raro, pero creo que nada malo me pasará. Que puedo desafiar los peligros y listo, a mí nada. Que ninguna enfermedad arremeterá contra mí. Que puedo arriesgarme a la alta velocidad y al peligro. No siento miedo.

¿Qué es el miedo? Es la reacción ante una amenaza contra la vida ¿Y la angustia? Es la reacción ante hay una amenaza contra la identidad.

Pues fíjate: más que miedo lo que siento es angustia, porque ahora me preocupa más mi identidad, que poco a poco iré consolidando con tu ayuda. En cambio, no siento miedo porque no veo ninguna amenaza a mi vida, que está como una flor en primavera.

Quiero acercarte a mí... y que continuemos este camino, ya no llevándonos de la mano..., sino uno al lado del otro.

Creo que si ambos somos conscientes de que estamos inmersos en este proceso y que ninguno es más responsable que el otro, nos tranquilizará y otorgará a este escrito el verdadero sentido que debe tener: un llamarte la atención. Lo que sí es verdad es el hecho de que soy menor que tú, y con menos experiencia de la vida; y que tú siendo mi padre, todavía tienes el compromiso de seguir educándome. Es claro que la tarea que emprendas de ahora en adelante no puede ser igual a cuando tenía 4 ó 5 años. Es distinta. Ya somos personas con entendimiento, y si hay castigo físico de parte tuya hacia mí, voy a sentirme ultrajada, y la distancia entre tú y yo se ensanchará más y más.

Por eso es saludable que reflexiones sobre tu propia adolescencia. Tal vez ni

tuviste tiempo para hacerlo, de pronto tuviste un padre muy punitivo, o tuviste que ingresar demasiado rápido al campo laboral y enfrentaste prematuramente a una familia, de la cual yo soy uno de sus vástagos. Si ha sido así, créeme, lo lamento. Pero esa comprensión que no tuviste, por favor no me la niegues a mí, que soy distinta y me tocó vivir otra época.

Tampoco te pido que me satures dándome lo que no tuviste y deseaste tener, porque no soy tu reencarnación. Sólo déjame ser.

¿Sabes? ¡Hay tantas cosas que han cambiado para mí! No solamente mi cuerpo. Quiero contártelas aquí, muy a tu oído; imagínate que me escuchas bien cerca, aunque sé que estarás leyendo. Quiero que sepas que acepto tu autoridad, pero ahora la entiendo de otra manera, que es lo mismo que me pasa con los profesores del colegio y con los adultos con quienes trato.

La autoridad no es lo mismo que autoritarismo. Toda institución debe tener normas. ¡Ajá! En todas partes debe haber alguien que "lleve la cabeza". En los equipos de fútbol hay un capitán y un director técnico. Sí, ellos se encargan de dirigir de alguna manera.

Autoritarismo es abusar del poder. Es aprovecharse de la superioridad que se tiene sobre los otros.

Serías autoritario si me impusieras las cosas porque es tu capricho o porque tienes el placer malicioso de hacerme saber que eres tú quien manda. Serías autoritario, si tomaras alguna decisión sin escucharme. Yo sólo quiero pedirte que me tengas en cuenta, al menos para consultarme alguna decisión, máxime si se tratara de mí. Que preguntes mi opinión; si lo haces, sentiré que existo. Y que valgo para mi padre y mi familia.

Todo esto te lo quiero escribir porque deseo mantenerte como mi padre, y, a la vez, que dejes que una mujer pueda surgir. Sé que entre los dos hay gritos, mal entendidos y dolores, pero en el fondo, padre, te quiero mucho y nunca te dejaré de querer. Podré abandonar el hogar... pero seguirás siendo mi padre y serás el único que te enorgullecerás de mis triunfos. Sé que me quieres y te quiero. No aprendiste a decir: hija te quiero mucho; discúlpame, no es mi intención herirte, o puedes tener la razón.

Sé que no lo aprendiste, pero lo puedes intentar; al final ganaremos los dos. ¿Será posible que siendo tú mi padre, yo pueda junto a ti crecer como una mujer? O sea, ¿aprender a manejar mi libertad, aprender a tomar decisiones, a enfrentar la vida como una persona única ante este universo?

Para que esto sea realidad, necesito que me des la oportunidad para crecer; esto no quiere decir que me abandones. Oyeme: no es abandono radical, ni posesión; ambos son extremos que acarrearán las mismas consecuencias funestas.

Somos dos seres dotados de inteligencia: yo tengo el compromiso de aprender

a decirte las cosas; ya crecí, no puedo dejar que tú adivines; necesitas darte cuenta de que estoy creciendo. Y tú, haz el esfuerzo de disculparte conmigo cuando te equivoques; te veré más grande y aumentará el gran concepto que tengo de ti cuando reconozcas tus errores; piensa que así me estarás enseñando.

“Yo soy... una niña
—pero Alicia lo decía con muy poca seguridad-,
ya que había sufrido tantas transformaciones aquel día,
que casi ni ella misma estaba segura de que lo era”.
(“Alicia en el país de las maravillas”)

¿ ...Ser o no ser?

Intentaré describirte este remolino que se agolpa en mi mente y en mis sentimientos. Créeme, a veces no sé quién soy..., es decir, no tengo una definición precisa de qué clase de persona soy. Has sido guía y modelo; fuiste mi ideal, como chica. Ahora, que ya parezco una señorita, tengo como modelo a mi mamá; con ella también hay momentos de ambivalencia afectiva: la quiero mucho..., la adoro, pero —parece tonto— algunas veces la creí una rival, como si estuviéramos luchando por el amor tuyo.

Cuando estaba chica, me cargabas, y me llevabas a otras partes, y eras más laxo conmigo que mamá, suponía que tal vez me querías más que ella.

Ahora entiendo que de alguna manera existe más química entre tú y yo, por aquello de la sexualidad.

Soñaba con parecerme a ti, pero he pensado últimamente que ambos somos distintos y que tengo que escoger mi propio camino. Tú, por fortuna, ya tienes el tuyo, tu carrera, tu familia, tu trabajo; yo, empiezo... pero añadiéndole que ni siquiera sé dónde ubicarme.

¿A estas preguntas es lo que llaman la identidad? Es un descubrimiento que haré poco a poco, alejada de la bulla, encontrándome a mí misma, alejada de todos menos de mí. Experimentando esta sensación de poquedad y soledad. Sentirme en una multitud y experimentar un gran vacío y una gran depresión.

Es como un sentimiento oceánico. Como si por mí pasara todo el mar, como si quisiera que el mundo me mirara y se preocupara de mí. Siento como si me lanzara de un precipicio al vacío, y no supiera dónde voy a caer.

Muchas noches sueño que voy en un avión y de pronto el piso se suelta y caemos todos en una caída libre que no llega nunca, ni siquiera a un estruendoso golpe con la tierra. No sé qué será más terrorífico, si esto último o la sensación angustiante de estar en caída permanente. Así me siento; suelta, y con dolor de buscar apoyo en mí misma, de encontrar las bases dentro de mí. Ese es el gran dilema.

Me he vuelto soñadora... Sueño despierta... Tengo muchas fantasías... Si te las cuento..., tal vez te parezcan tontas o estúpidas... y me dirás que tengo que poner los pies en la tierra... Y mi lógica me dice que tengo razón, pero... quisiera vivir esas fantasías... sentirlas, es como tener este mundo donde puedo reacomodarme, sentirme yo misma... sin críticas... sólo mi deseo, mi pensamiento.

He soñado despierta en un mundo donde yo soy una reina, donde se hace sólo mi voluntad. Como "Alicia en el país de las maravillas". Un lugar donde exis-

te paz y tranquilidad, donde las sonrisas son la obligación o la condición para permanecer en él.

Un mundo donde la tristeza ha sido desterrada para siempre; donde los padres y los hijos caminan juntos, donde la juventud reina; todos son espíritus nuevos, renovados por la democracia y la justicia. Nadie es superior, todos se sienten dueños y operantes.

Hay padres e hijos, no existe el amo y el esclavo.

No hay cárceles, ni cementerios, son instituciones pasadas que no cuentan ni importan. Deseo ser valiente en esta aventura de encontrarme; debo ir sola, nadie podrá hacerlo por mí... Pero al saber que al menos entiendes y que tratas de comprender, me brinda una calma y una paz que me anima a buscar un destino y una meta elevada donde he soñado que estaremos los tres: mamá, tú y yo.

Un mundo así es el que deseo para mi familia, porque, a pesar de que tengo fantasías, créeme que soy consciente de que la realidad es superior.

Sin embargo, tengo derecho a soñar, y el gran deseo de ser escuchada, como una forma de organizar mis sentimientos, mis pensamientos y luego lograr mis actos racionales y objetivos.

Debo volverme realista, luchar por ganarme la vida. No temas que permaneceré en este estado permanente de ensoñación sin despertar.

Iré adentrándome en este mundo de adultos, pero sin identificarme totalmente con él, donde los hombres se olvidaron de la humanidad, el amor y la poesía, y sólo piensan en rendir culto al dinero. Donde no importa el sentido de la vida, ni la reflexión sobre los valores, sino el aprender nuevas tecnologías y el manejo de aparatos cada vez más sofisticados.

No quiero volverme tecnócrata y cambiar la vida, por la rutina de trabajar para comer y destruir lo humano que tengo. Por eso ando con las amigas, que todas nos sentimos así... identificadas... a veces perdidas en palabras de los adultos; porque parece que ser adulto, ahora, es desterrar la espontaneidad ante la vida.

Parece que ser adulta es perder el sentido del humor; haber perdido el amor por la poesía, por los atardeceres o el encanto de contemplar la luna llena o el cielo estrellado. Parece que ser adulta es adquirir un rostro adusto y ceño fruncido. O ser responsable es perder la jovialidad y la sonrisa.

Si todo eso es crecer, no quiero hacerlo.

Con mis amigas vamos a intentar cambiarle el rostro a la adultez, vamos a invitar de nuevo a la vida y sólo a ella a este mundo.

Vamos a luchar por construir un lugar donde la poesía y el amor tengan su asiento.

Vamos a luchar para que el trabajo no sea el comienzo de la jubilación.

Vamos a luchar para que la mujer no sea codificada ni sea vitrina ambulante de productos de mercado, en los supuestos reinados.

Vamos a luchar por recuperar la inocencia y el respeto que se merece la mujer en una sociedad civilizada.

Vamos a luchar para que a la mujer se le reconozca su trabajo justo y no se le discrimine.

A todo esto le doy vueltas en mi cabeza. Me dicen en el colegio que tengo que definir mi personalidad..., pero te confieso que a veces quiero una cosa... y otras veces quiero otra... Me gusta un muchacho y pronto me gusta otro... o no me gusta ninguno...; los creo tontos a todos... tan interesados, pensando sólo en el cuerpo perfecto, la cara bonita, o en muchos casos, en el sólo sexo desvinculado del amor o los sentimientos, tratando de cosificarnos a nosotras las mujeres.

Pero esto es sólo pensamientos volátiles que son producto de mi propia búsqueda. Tengo que aprender a valorar y amar al hombre. A diferenciar el amor del deseo, el amor del capricho, el amor del apego.

Tengo que aprender a descubrir dentro de mí a la verdadera mujer: aquella que no descubre su esencia en el cuerpo escultural, ni que se realiza en el sexo, como lo dice la poesía barata: "Te hice mujer".

A sentir que ser mujer va por dentro; que no es lo externo, sino la convicción de respeto por mí misma, por la ternura, por la entrega a una profesión, por mi propio crecimiento, espiritual, intelectual y material.

Que la realización como mujer no la da ni escribir un libro, ni sembrar un árbol, ni tener un hijo, sino una vida plena, de servicio, de autoestima, de autenticidad, de autovaloración y valoración de los demás.

Tengo que descubrir mi propia fortaleza y debilidad para hacerlas amigas y reconciliarme con el hombre, y convertirnos en dos seres nacidos para cooperarse en este caminar que significa la vida.

Tengo que descubrir el verdadero sentido del sexo y de la maternidad.

Descubriré lo que significa ser una verdadera madre que ama, y que da libertad de crecimiento así como tú me has tratado a mí.

¿La personalidad? Sí, pienso mucho en eso. Ser una persona única e irrepetible en este universo.

Distinta de ti. Con su propia vida... sus propias metas y sus propios gustos; a veces siento como si escogiera tu carrera. Lo he pensado. Sé que lo haces bien. Sin embargo, es otro mi destino y mi camino.

Me siento orgullosa de tenerte como padre. Y deseo que te sientas orgulloso de tener una hija como yo. Que me veas alcanzando grandes cumbres, donde el esfuerzo y el sacrificio hayan sido la cuota pagada para obtenerlas.

Tengo que ser distinta... claro, con tu ayuda... Una ayuda especial... que no me diga lo que tengo que hacer... que me brinde oportunidades para buscar dentro de mí, las respuestas que debo darle a mi vida. Así como tú lo hiciste. Que me haga cuestionar cuando yo plantee alguna decisión, una ayuda que no me bloquee, ni me anule... poco a poco debo aprender a dar respuestas a mi vida. Créeme... es angustioso saber que no se sabe para donde coger... así que no me acorrales... trata de entender esta incertidumbre, esta búsqueda que estoy haciendo... y esta soledad que experimento... una soledad que a veces me parece desagradecida contigo, papá... porque sé que están y han estado ahí... es como si no pudiera hacer nada ante este viaje que hago hasta el fondo de mí misma tratando de encontrarme.

A veces siento miedo de lo que pueda aparecer en este recorrido... mis sentimientos son volátiles ahora... son sutiles... ellos son lo que soy yo misma... una veleta que la lleva el viento..., que se hace muy susceptible al amor que desde afuera le brinden.

Por eso, con este escrito me quiero acercar a ti, porque es tu amor como padre el que yo necesito; y sé que mi amor de hija te hará pensar que no has vivido en vano.

Me hago susceptible; me vuelvo irascible, me enojo fácilmente, pero no es que de pronto te haya empezado a odiar, es que estoy como en una labilidad afectiva, como en un vaivén de mis sentimientos.

Pronto pasará, y podré empezar a sentir que puedo controlarme y entender todo este estado interior.

“Era lógico, en cierto modo,
pero a Alicia le molestaban
tales preguntas y rezongó
para sí: —Es molesto que
todos quieran saber el
porqué de las cosas—”
 (“Alicia en el país de las maravillas”)

... Y dale con la autoridad...

Recuerdo que cuando era niña, mi mamá decía: "Arepitas pa' papá". Empecé a sentir que existías. Y fui comprendiendo poco a poco lo que era obedecer. Le llamabas hacer caso. Yo siempre te he hecho caso. Corría a satisfacer cualquier petición tuya. Eras como la palabra de Dios para mí. Te repito: yo creía que eras perfecto y no te equivocabas.

Te obedecía a ciegas, sin chistar cuando mandabas con tu sola voz a dormir. Aunque sabía que te quedabas hasta altas horas de la noche viendo televisión. Y tentándome a hacer lo mismo, me preguntaba en ese entonces, qué poder tenías para mandarme hacer las cosas que no cumplías. Varias veces le pregunté a mamá y ella respondía que por eso o para eso eras mi papá. Experimentaba, entonces, sentimientos ambiguos hacia ti, que, sin embargo, me llenaban de angustia. Es que eras, a la vez, Dios y el Diablo.

Dios porque eras la norma, la ley: "Vete a dormir temprano". Y el diablo, porque eras el tentador: te quedabas hasta tarde viendo televisión, tentándome.

Eran sentimientos encontrados, amor y rabia a la vez. Quería permanecer largo tiempo junto a mamá y tú lo impedías.

Yo he dicho que he observado que te equivocas, y eso en un principio me causó conmoción. Ahora lo veo de otra manera. Es cierto que me has desconcertado, pero ¿ves?, es la misma repercusión de lo que siento.

Esta confusión, este deseo de lograr otra relación entre los dos. Debes reconocer que esto también te afecta a ti. Nunca educaste a nadie. Soy la primera que educas. Me tocó ser tu ensayo. Lo comprendo. Por eso con este escrito deseo llegarte a los sentimientos, que sé, todavía tienes; al amor que ambos sentimos.

Debo cambiar, debo aprender cosas de ti. Dame la oportunidad de lograrlo, pero reconoce las faltas, así me enseñarás a hacerlo. Me enseñarás que ser adulta no es ser infalible. Que se puede retroceder, pues los únicos que no lo hacen son los ríos.

Estoy escribiendo porque quiero, además, que reflexiones en secreto, casi como si fuera una carta anónima; pero, además, que te conectes con tu propia vivencia de adolescente que hay dentro de ti. Que reflexiones lo que te manifiesto sin que te ofenda o te ridiculice. Que sea como un punto de partida para el diálogo entre los dos, pues sé que de mi parte también hay errores.

Te lo escribo porque no sería capaz de expresár-telo verbalmente; lo emocionante de la conversación tal vez interrumpiría la profundidad de algunos análisis que te hago, porque la materia de la que te trato exceden mi memoria y

entendimiento como para exponértela con meridiana consistencia.

El solo título de padre, créeme, no es suficiente, necesito otras razones ahora que puedo someter las cosas a mi pensamiento y a mi juicio.

Fui una niña obediente. Te asombra al verme. Te he oído comentar a tus amigos y a mis tíos que estás extrañado de cómo he cambiado. Que me volví rebelde, desobediente, y que ya no te respeto. Es cierto que con grosería te he alzado los hombros y que no he corrido a obedecer tus órdenes como un militar subalterno. Porque quiero proponerte una nueva relación.

¿Te he irrespetado? Siento contestarte con la voz subida de tono.

Pero reflexiona esto: obedecer es depender. Tal vez esa fórmula nos sirvió a ambos cuando yo era chica y no entendía las cosas. Necesitaba obedecer. Cuando me decías: "No toques ese cable" o "no comas de tal o cual sustancia" buscabas proteger mi vida. Era necesario mantener esa dependencia de ti.

Pero qué pensarás tú, de algún empleado que no se atreva a innovar por que no se lo han ordenado.

O en caso drástico, y podrás decir tétrico pero diciénte, que me ordenes no salir de casa, y en eventual incendio obedezca ciegamente, perdería la vida sin remedio; ahí la obediencia se convertiría en un acto no sólo de estupidez sino en un acto suicida.

Ayúdame a tener mi propio criterio, o al menos, a construirlo; es tenerte que desobedecer en algunas cosas en las que yo no pueda ni quiera estar de acuerdo con tus juicios. Pero piénsalo, no es que esté en contra tuya, es que quiero tener mis propias ideas.

Si no aprendo a desobedecerte en algo, seré siempre una pusilánime, timorata, dependiente y sin iniciativa frente a la vida. Quiero que me mires a los ojos y me veas como una mujer que empieza a surgir. Es difícil para ti hacer eso, ¿verdad?

Acaso tus padres te trataron de la misma manera, pero por favor no repitas la historia. Estamos en otro mundo. Yo necesito ser aquella mujer que responda a los desafíos del mundo en el siglo XXI, y no quedarme haciendo las cosas de la época de los 60's y 70's.

Esto te lo digo porque constantemente me repites las siguientes frases que no son exclusivamente tuyas, también las dicen mis profesores y quizá te las repitieron tus mayores en tu época: "En mis tiempos las cosas eran así; es que ahora la música; es que esta educación; es que cuando me tocó a mí la cosa era otro a otro precio".

Comprendo que a ti te tocó una vida difícil. Créeme, lo entiendo; sin embargo, el tiempo nunca se devolverá, las circunstancias siempre cambiarán, cada persona es hija de su tiempo y época, tenemos que aprender a descifrar los signos de los tiempos. No regresaré a los años 60's y 70's. Me preparé para los

desafíos del siglo XXI y debo tener en mi preparación elementos no sólo intelectuales sino emocionales y morales para enfrentar una nueva era.

Es el pensamiento del futuro el que tiene que invadirnos a los dos; sin abandonar nuestros principios y valores, debemos desprendernos del pasado, que amenaza con dejarnos rezagados si no nos fijamos metas elevadas y claras.

Deseo a veces, maliciosamente verte caer en un error y lucirme, mostrándote que no siempre tienes la razón. Veo en tus ojos la molestia, he sentido a veces que me has mirado con rabia. Me he sentido culpable en ese momento.

¿Cómo explicártelo? Es como una mezcla de satisfacción y dolor a la vez, de verte rabiar y llevarte al ruedo para que te tences conmigo en una pelea. Y por el deseo muy profundo de afirmarme sólo un poco frente a ti.

Voy a explicarte eso: tú eres mi padre. Te ves fuerte corporalmente, tienes un trabajo ya decidido, yo no; tienes tus cosas, yo no; tienes una casa, yo no; tienes años y experiencia de la vida. Lo sabes de sobra que me llevas distancias. Sin embargo, es desagradable para mí como persona, sentirme menos ante ti, más aún si lo pregonas a voz en cuello, así sea sólo delante de mi madre; por eso deseo en algún momento sentir que existo, hacerme valer; créeme, que algo sé y que no estoy tan perdida.

Quiero confesarte que esta actitud, como desafío que mantengo contigo, no solamente va dirigida hacia ti. También va hacia los profesores; ya no son para mí lo máximo. Ahora que te escribo, entiendo por qué soy tan cáustica con la profesora de matemáticas y tan sarcástica con la de filosofía. En el fondo las respeto.

Sin embargo, también por el deseo de reafirmarme ante ellas, trato de menospreciar lo que enseñan; de revitalizarlo, de hacer creer que me las sé todas y las que no, las tengo todas anotadas. Aparento ante ellas fortaleza y frialdad; desdén ante sus consejos e insinuaciones, pero en el fondo me siento débil; librando una batalla como la de David y Goliat y se repite en cada persona que encarna la autoridad.

Porque en el fondo no es la persona a quien ataco sino a su rol, es como un deseo de derrumbar ese lugar que me rebaja a ser la de menos, a no existir. ¿Será que podemos transar de tal forma que la autoridad se mantenga y que yo no me vea disminuida?

Deseo que me entiendas; tal vez cuando lo hagas seré menos incisiva contigo y con mis profesoras y profesores.

Me interesa la autoridad. Sé que tengo que contar con normas: obedecer, obedecer y obedecer; lo resalto porque te lo escucho decir..., pero espero que te asomes a mi mundo o al menos trates de hacerlo; quizá así podamos mirarnos los dos y establecer una nueva relación con autoridad de parte tuya.

Podríamos discutir las cosas. Eso, sentarnos a dialogar, buscar aquellas que

tengan lógica. Aunque al final la decisión no me guste, al menos me satisfará el hecho de que tomaste el interés de explicármelo y de hacerme entender.

Dices que no te respeto. Te quiero como a mi padre pero me he dado cuenta ahora que cometes errores como yo, y como todos los seres humanos. Es que siempre te tuve en un pedestal. No creas que lo que pretendo ahora es culpabilizarte. Toda persona madura sabe que es normal ver errores en los demás, claro, es así.

Lo del pedestal es la actitud natural del niño; lo que yo te expliqué en otra parte, pero es como una especie de idealización idílica que el infante tiene hacia quien le prodiga cariño y lo percibe más allá del bien y del mal alejándolo de los humanos.

Quiero que me entiendas, que me he dado cuenta de que tengo que encontrar en mí mis propias respuestas. Ahora preguntas han nacido en mí.

No es como en un examen, porque al menos ya le han enseñado a uno la materia sobre la cual lo van examinar, las preguntas las dirigen desde fuera. Pero acá es más difícil porque salen desde adentro, fluyen constantemente. No tengo claras las preguntas, fíjate que ni siquiera sé qué es lo que me pregunto, menos qué respuestas me dará.

Además me sale cierto aquello de que cuando encontré las respuestas de mi vida, se me cambiaron las preguntas.

Cuando digo que hay un sentimiento de que me has defraudado, es eso solamente. Un sentimiento es tan volátil tal como todo lo que siento, que fluye y se mueve como el viento; parezco una veleta: lo que siento hoy, tal vez cambie mañana.

Siento como si me hubieras defraudado por lo que yo misma he ido descubriendo, donde he sentido que no me lo has explicado todo, o me has ocultado ciertas verdades; o no eras tan perfecto como yo creí. Pero eso es normal en este proceso que estoy experimentando.

Pero, ¿sabes qué? Lo único que he buscado es que me mires con otros ojos. No te he irrespetado. Quiero derrumbar esa pared que nos separa a ambos y no nos permite acercarnos el uno con el otro, como dos seres humanos que se equivocan y necesitan cariño. Sé que las veces que hemos tenido altercados yo he llorado, también en lo más profundo de ti..., aunque no lo aparentes, te duele y me duele que te duela. No deseo un vencedor ni un vencido.

Porque ambos tenemos sentimientos. Ambos necesitamos cariño, amor y protección. No me olvido que soy tu hija, tu patrimonio, como lo dices con orgullo y que, ¿de quién más que de mí podrías esperar amor y comprensión?

Tengo claro ello. Por eso, enséñame a amar, a expresar el amor con palabras y con abrazos, a no sentirme débil si me acerco a ti que eres mi padre y nos manifestamos el amor paternal y filial.

Eres tú quien me debe enseñar la tranquilidad para manifestar sin miedo mis sentimientos de ternura hacia alguien, pero empezando entre los dos. Me debes enseñar a expresar sin miedo que tengo miedo, sin pensar que por eso me hago débil o timorata, a expresar ternura sin parecer ridícula.

Es que, piénsalo, tú eres el modelo que yo tengo para llegar a convertirme en persona; tú eres para mí la medida de todas las cosas. Aunque con mi actitud de indiferencia aparente que no te necesito, tú debes tener la convicción de que eres medular en mi formación. Nunca he deseado ser una vencedora viéndote vencido, sólo que triunfe nuestra familia.

Pensaste qué nombre ponerme. En qué jardín matricularme. Luego el colegio. Fueron pasando detalles y detalles, la ropa, los juguetes, y yo feliz. Feliz de que pensaras en mí. Eso, créeme, te lo agradezco.

Qué habría hecho yo si no hubieras pensado en mi educación. Pero es que no te has dado cuenta que ya he crecido y que mi pensamiento quiere estrenarse.

Y es que pensar es asumir el reto de la individualidad, y eso trae consigo el riesgo de la soledad. Pensar es manifestar a las claras el nacimiento de la creatividad e independencia.

Pensar es arriesgarse a las equivocaciones y, por supuesto, al dolor. Pero créeme, papá, ¿acaso todo eso no es vivir? Y si es vivir, ¿acaso no me has traído para ello?

No me ahorrarás nunca el dolor, porque él es inherente a la humanidad que llevamos; es el más claro testimonio de que estamos en esta tierra para cumplir con una misión, con la tarea de descubrir primero cuál para después desarrollarla.

Tengo que aprender a pensar por mí misma. Es como empezar a caminar; algunas veces trastabillaré. Y tal vez me caeré, pero habrá el nacimiento de un nuevo ser con deseos de estrenar su mente y sus ideas para aportarle algo a este mundo.

Suéltame

Ahora más que nunca he pensado en eso de la libertad: poder salir a fiestas, escoger mi ropa, seleccionar mis amigos, maquillarme como lo deseo, escuchar la música que me gusta (ahora se llama trance)

Deseo decidir por mí misma qué imagen proyectar: ni muy lanzada, ni tampoco morronga, o beata.

El maquillaje a veces se vuelve un dolor de cabeza para ustedes los papás y las mamás. Que mucho, que muy estrambótico, que todavía no es hora, que solamente una rayita, que el labial no sea tan rojo.

Enséñame y que sea yo quien aprenda, que sean mis deseos y mis gustos.

Los bailes y las rumbas sí que me gustan. Me molesta, me da miedo someterme como una devota ante su santo patrón, para que desde su alto

pedestal se digne mirarme con compasión y soltar ese anhelado sí.

La adolescencia me permite acceder a aquello de la inteligencia formal, que es eso de entender razones y explicaciones.

Conocí a un papá, que para dejar salir a su hija sometía la decisión a su estado de ánimo. Cuando no estaba de buenas pulgas le decía: "Oye, hija, hoy te tocó ino!". Así, sin más ni más, hoy tocó ino!. La hija no entendía qué razones podría argumentar el papá. Como si él fuera un todopoderoso, un tirano en donde su sola palabra es la ley.

Quiero pedirte que me enseñes que las explicaciones a los actos no pueden limitarse a: porque sí o porque no, (ya me conozco esa manera de responder..., lo hacía cuando chica).

Quiero que pienses en lo que para mí, que estoy despertando a eso de parecerme a una mujer, significa la libertad: volar con mis propias alas, poder manejar mi tiempo, hasta qué hora dormir, disponer de mis gastos.

Ser yo misma, tener la oportunidad de ensayar mi propia personalidad.

No deseo ser el otro yo de mi madre, ni de mi abuela, soy un universo distinto. ¿Recuerdas eso de que cada cabeza es su mundo?

No me compares con mi hermana. Si lo haces despertarás entre las dos una especie de rabia, pues cada una de las dos tenemos nuestros defectos y virtudes. Tampoco me compares con tus hermanas (mis tías).

No cuentes a nadie mis defectos, ni las dificultades que hemos tenido. No te quejes como un pobrecito papá que sufre por una hija malagradecida ante tu mamá o mis tías. Me sentiré rebajada por ti ante ellas; debes ser lo suficientemente maduro como para guardar la privacidad de nuestro hogar. Tratemos de dialogar; no existe la fórmula perfecta, ni única, para remediar las diferencias que surgen entre un papá y su hija adolescente.

Cada padre descubre la suya; esperemos que entre tú y yo podamos asumir el conflicto que surja al luchar por mis derechos como persona y asumirme como mujer.

¿Que cuáles derechos?

Te los diré: a que me guste un muchacho, a poder dar un beso, a poder salir a fiestas, a poderme enamorar, a poder recibir llamadas y a llamar, a recibir visitas de mis amigos en mi casa.

En cuanto a las salidas a rumbear, comprendo que eso te aterre. Siempre me has visto, lo repito, como una niña pequeña, que no sabe nada; no te lo creas mucho. En el colegio, a través de las emisoras de radio, con la televisión, he aprendido muchas cosas que me han abierto los ojos. Te escucho con frecuencia acudir al razonamiento sobre los peligros que ocurren en la noche: robos, asesinatos, violaciones... No pienses siempre en lo peor; recuerda que todo lo que se piensa se atrae.

Tengo que aprender a comportarme sola. Ya te lo he dicho en otra parte: no hay otro medio para aprender a defenderme, necesariamente tendrás que darme libertad.

Libertad controlada, graduada poco a poco, pero libertad al fin y al cabo.

Algún día aprenderé a manejar la libertad, pero si no es ahora, ¿entonces cuándo?

Una buena manera de enseñármela es dándome responsabilidades. Podría consignar tus cheques o cobrarlos; podría encargarme de algunas tareas de la casa; podría conducir el carro de la casa, soy muy buena observadora y ya lo sé hacer; no te dejes llevar por el prejuicio ridículo y machista de que las mujeres somos brutas para manejar.

Aquello de ser yo misma, de tener mis propias convicciones e ideas políticas o religiosas, ayudará a que junto a ti, esté una persona que cuando la necesites te aporte ideas o te escuche, porque supo mantener la distancia prudente para consolidarse como una persona nueva y diferente.

Es que tomar distancias nos permitirá mirarnos con algo de objetividad, sin perder el cariño propio entre un padre y una hija.

Eso, querido papá. Quiero ser una persona distinta: una mujer —se puede conciliar ambos conceptos— salida de tu estirpe, sangre de tu sangre, y a la vez diferente. Aquí en nuestra casa también quiero ser libre, que mi cuarto realmente me pertenezca, que yo decida qué afiches pongo, o cómo adorno la habitación. Tal vez en tus términos se vea muy alocado; déjame, por favor, algún día pensaré con cabeza fría y madura. Ahora para mí el mundo sólo es sueño y color rosa; sólo existe lo bello y lo tierno, los peluches, la poesía, la música, el amor y la fantasía. Eso, créeme, en mi vida no se repetirá; entraré en eso de la sociedad de consumo, en donde la única preocupación que alienta a los adultos es cómo conseguir dinero para vivir.

Volvamos a lo de mi cuarto. No entres a él sin pedirme permiso, toca a la puerta; eso es respetar mis espacios, respetar mi mundo, respetarme y enseñarme a respetarte a ti, a los demás y a mí misma.

Sé que tú compraste la casa y que trabajaste muy duro para ello. Controla tus emociones; no creo que la única manera de hacerme entrar en razón sea recordarme que en la escritura aparece tu nombre.

Ahora mis sentimientos son más débiles y volátiles, soy más susceptible, parezco un suspiro, todo me hace llorar. Has visto cómo las lágrimas me fluyen copiosamente frente a una escena de tragedia, o de ternura; no tengas conmigo palabras duras ni gritos.

Quiero explicarte por qué le doy tanta importancia a mi cuarto: allí tengo la certeza de que estoy conmigo misma, que puedo dedicar mi tiempo para pensar, meditar, o fantasear; que puedo tener un espacio para bailar sola, ensayar

pasos de baile, peinados, mirarme al espejo, hablar conmigo misma, medirme vestidos, maquillarme, pensar en el novio, o simplemente escuchar música, o dormir.

Allí estaré empezando a independizarme; pídemme permiso para entrar; así sentiré que ese cuarto es realmente mío y que tú, mi padre, no pasas por encima de mí.

Eso de la libertad, créeme, lo comprendo, también tras aquello de la responsabilidad.

No me impongas tu voluntad así, sin más ni más; sólo con el título de que eres mi padre no basta, porque si se trata de títulos, yo soy tu hija y nos graduamos el mismo día, como dice Mafalda.

Es que necesito argumentos y raciocinios ahora más que antes.

La frase aquí mando yo suena más a la voz de un militar y no a la de un papá cariñoso que desea conservar el amor de su hija.

No husmees los cajones de mis armarios; tengo cosas insignificantes, notas, cartas, esquelas, pero de las cuales quiero tener la certeza de que sólo yo las conozco como si fuese el pedazo externo de mi corazón y mis sentimientos, aquel espacio que sólo yo decido quién entra y quién no. Te pido libertad pero no para desbordarme o para llegar a la anarquía o libertinaje; eso en el fondo es una dependencia. No es un desbordamiento lo que quiero, recuerda que soy digna hija tuya y tengo principios que tú supiste cimentarme y que de buenas a primeras no voy a tirar por la borda. Conozco muchas esclavas del vicio y del desenfreno, que se sienten vacías cuando al hacer lo que les da la gana no encuentran lo que supuestamente buscaban.

También conozco a una amiga que llora porque sus padres no le reclaman si sale o si llega tarde, nunca le preguntan dónde ha estado, ni con quién andaba; parece curioso, pero a ella le causa dolor esa libertad. Pero claro que ahí no es libertad lo que existe, sino abandono; y mi amiga lo siente en su corazón, vive en una tristeza y un vacío aterrador.

Créeme, papá, que al restringir mis salidas y al enterarte con quién voy a salir, también sé que me amas, porque me cuidas como una joya preciosa que soy para ti, para que aprenda a amarme a mí misma.

Me gusta hablar con mi novio y mis amigos y que no merodees como un policía que está al acecho de algo delictivo.

Dices que me estás cuidando, lo entiendo, pero si me cuidas así nunca aprenderé a manejar mi libertad; me crearás una dependencia de ti tan peligrosa que cuando no estés, seré tan inútil y tan incapaz que me haré vulnerable a cualquier seducción perniciosa que algún extraño quiera hacerme.

Sentirme libre, además, es tener la tranquilidad en la mente y en el corazón de no usufructuar tus bienes inmerecidamente.

No digas, por favor, que yo vivo tranquila sin privaciones en medio de la paz y la abundancia, gracias a tu trabajo.

No me saques en cara todo tu esfuerzo por educarme y por criarme; tengo que aprender la gratitud, pero con la bondad y no con las recriminaciones.

En verdad valoro los esfuerzos, aunque no te lo exprese con frecuencia.

Convirtamos el hecho de recibir beneficios tuyos en una oportunidad saludable para darle gracias a Dios por contar con el don divino de la paternidad y el amor filial.

Después de todo, tú no me criaste para tener una alcancía para tu vejez.

Comprendo tu gran acto de amor a través de las cosas materiales que también simbolizan tu afecto hacia nosotros.

¿Por qué creer?

En este diálogo íntimo y sincero que dirijo hacia ti, quiero incluir aquellas enseñanzas que me transmitiste desde los más tiernos años. Recuerdo que aprendí a rezar al ángel de mi guarda, mi dulce compañía. Todo ello era bonito, tierno, y podía ser explicado en la inocencia e ingenuidad de la niñez. Ahora he crecido. No veo tan claras las explicaciones en relación con Dios y la religión.

Creer en Dios, ahora no es simplemente el resultado de la obediencia a tus palabras y a las de mamá. Quiero ser yo misma la que encuentre dentro de mí esas razones que me permitan tener convicciones firmes. Esa fe sembrada desde niña con cánticos, novenas y misas se está tambaleando.

A veces ni siquiera creo que Dios exista (qué pena), pero me parece como si fuera una invención de los adultos. Deseo compartirte las preguntas, que desde mi corazón siento y que por el temor de ofender los valores y los principios que ustedes me enseñaron, los guardo.

Tómalos como un compartir sincero de tu hija adolescente, con la intención de mantener la transparencia, y buscar respuestas igual de sinceras.

Seguramente otras chicas se harán las mismas preguntas.

Si Dios existe, por qué permite que haya injusticia social, es decir, unos pocos que lo tienen todo, y casi todos que no tienen nada.

¿Por qué un Padre tan bueno como El, permite que muchas personas en su propio país sean extranjeras?, ¿por qué no tienen un pedazo de tierra propio? No lo entiendo y me molesta.

El Dios de la vida, que hace salir el sol sobre buenos y malos, se queda callado cuando muchos niños en Ruanda, Etiopía, e incluso en países de Latinoamérica mueren de física hambre.

¿Por qué Dios no me contesta? Le he orado y rezado con todas mis fuerzas e intenciones. Le pido para que haya paz en el mundo, y especialmente aquí en mi querida Colombia.

A mi edad es muy difícil creer sólo por los raciocinios abstractos, filosóficos o teológicos. Sí. Me han hablado de las cinco pruebas de Santo Tomás. Que por el orden y regularidad, que por los grados de perfección de los seres, que por la contingencia, etc.

Pero no es suficiente, yo deseo ver pruebas más cercanas, más vivas y más reales.

Cómo así, que Dios que es bueno y todo dulzura permitió que todo un pueblo con mujeres y niños fueran asesinados. Eso es lo que me han explicado en his-

toria sagrada. Me hablaban de pueblos condenados al anatema por los caudillos hebreos que obraban obedeciendo a Yavé.

Me imagino que estarás escandalizado leyendo semejante herejía. Menos mal que ya no existe la Inquisición, porque seguramente yo sería una candidata para la hoguera.

Créeme, ni yo misma me entiendo. Cuando en los momentos de angustia y ambivalencia me dirijo a Dios, parece como si me mirara con amor, y al ver lágrimas en mis ojos y mi corazón tan convulsionado, se dijera: "Pobrecita, es mi hija, está confundida; no la condeno, la entiendo".

Siento, a veces como si El me enviara mensajes para que me tranquilice. He estado meditando y pensando sobre esto, cuando de pronto ha pasado un vientecillo suave y refrescante trayéndome una sensación de paz, tranquilidad y desahogo. ¿Sería Dios, que con ello me quiere decir que me estaba escuchando y no se ha molestado?

Sí, le quiero decir a Dios que me ayude a aclarar estas dudas, que no me abandone, que me perdone por dudar de El; que le ofrezco este corazón adolescente, tan inquieto, tan enturbiado por estas emociones que se mueven dentro de él, pero que guarda el tesoro del amor y la sinceridad que los adultos difícilmente tendrán.

He ido al campo, he mirado las montañas, las estrellas, la aurora boreal, y he sentido la presencia de Dios. Eso sí me parece una prueba convincente, como si ese universo tapizado de verde y de flores esmaltado, fuera una clara evidencia de que hubo un autor que dejó su firma clara e indeleble; que tanta belleza que encierra este universo no apareció así sin más ni más. Ahí tampoco me convencen las solas teorías del Big-Bang. Muy en mi interior presiento que hay un ser superior a todos los seres que fue el artífice de esta maravilla que es la naturaleza.

No me creas loca por plantearte estos sentimientos tan ambiguos. Quise dejar salir sin ninguna cortapisa las dudas y las certezas que guardo frente a Dios. Sí, ambas coexisten en mí. Dudas y certezas. ¿Será que a ti no te pasa lo mismo a veces?

¿La religión?

Prepárate, porque ahí va un cañonazo. No te ofendas, por favor, pero me parece un engaño y, a veces, una farsa, por las mismas personas que van juiciosamente a misa, salen santificadas, y a los pocos minutos comienzan a murmurar de sus semejantes. ¿Para dónde se les fue la comunión? ¿Dónde quedaron los propósitos? Leí hace poco lo que Gandhi dijo: "Creo en Cristo, pero no en los cristianos".

Me gustaría que existiera una religión para jóvenes, con más vida, con ritos propios, con canciones, con guitarras, con alegría; y no una religión tan centra-

da en la muerte y la vida eterna. ¿Acaso no es más importante lo de aquí, lo de ahora?

No deseo practicar mi religión sólo por la tradición. Conozco personas muy fieles a su iglesia que cuando se les pide algo de amor o de comprensión están cerradas para ello, se mantienen como amargadas o llenas de odio.

Señoras que asisten a misa, a mirar cómo están vestidas sus vecinas, y cuchichean, critican y murmuran. Muchachas que van a ver si consiguen novio, mastican chicle y bostezan, como si no disfrutaran del acto al cual asistieron.

Me daré vacaciones de ir a misa por ahora, porque no le encuentro sentido... Estoy tratando de encontrarlo, cuando lo haga, volveré a la Eucaristía y será para mí lo que dicen los sacerdotes: una fiesta; pero no lo haré por complacerte, sino por mi propia meta de lograr encontrarme.

Quiero que me dejes en esa decisión, y que no te sientas ofendido en tus creencias y valores, sólo trato de pensar..., eso..., pensar..., reflexionar las cosas y más tratándose de algo tan importante como la religión.

Es que muchas personas acuden a su religión solamente a pedir favores y milagritos. Creen que la imagen de yeso o madera es la que tiene el poder. La tocan, se untan de ella, tal como lo hacen los idólatras.

No saben que esas imágenes sólo simbolizan realidades trascendentales. No entienden.

Hasta donde me han enseñado, quien practica la religión correctamente debe hacer el bien a los demás, buscar el amor y la fraternidad, y las personas ahora no entienden eso.

A muchos sicarios se les ha encontrado escapularios en el cuello o en las billeteras. ¿Entenderán esos señores que la Virgen nunca los apoyaría en sus actos de barbarie, destrucción y cobardía que cometen?

Ellos toman los símbolos como amuletos, y de religión pasaron a la simple superstición.

Recuerdo que en la escuela y en el colegio nos ponían como modelo a la Virgen María. No tengo nada en contra de la Madre de Jesús. Sin embargo, me parece que no es justo seguir considerando a la mujer como la persona sumisa y obediente al esposo, como si el hombre estuviera por encima. Somos iguales en dignidad, en capacidades, en derechos y obligaciones.

La Santísima Virgen es modelo en rectitud, feminidad y ternura. Se quedaban cortos en aquella época para impulsarnos a escalar peldaños sólo entonces permitidos al varón.

La mujer está llamada a trabajar hombro a hombro con el varón para construir un mundo mejor, según su preparación y vocación.

No me gusta el modelo de una Virgen María que sólo es realzada por ser Madre, como si la mujer se realizara únicamente en la maternidad y en el matri-

monio, quedándole restringidas una multiplicidad de posibilidades como persona humana dotada de intelecto y aptitudes.

¿Ves? Ahora estoy viendo la religión desde otra óptica, ya no desde la niña inocente y obediente que disfrutaba en las procesiones llevando cirios, y rezando el rosario de la aurora y cantando. Todo ello, créeme, lo guardo con gran ternura en esa bella época de inocencia.

Claro que me gustaba ir a misa. Pero no por la misa, ni por el sacerdote. Es que era un paseo más agradable. Asistía con ustedes mis padres, quienes en esa época más que nunca, se convertían en el centro, preocupación y atención.

Yo solo me limitaba a observar los ritos y gestos raros del sacerdote. No entendía qué significaba todo aquello.

No quiero que piensen que tengo mala voluntad hacia ustedes o lo que siento hacia la religión es sólo una manera de rebelarme frente a la autoridad: es posible que haya un poco de esto; pero es la oportunidad que yo misma me estoy dando de decidir mi propia religión para asumirla sinceramente.

No quiero burlarme de tu religión, ni de lo que me has enseñado. Ello ha marcado momentos muy bellos e importantes en mi vida. Por ejemplo mi bautismo. He visto las fotografías, y sé que para ustedes fueron momentos de regocijo. Todavía recuerdo el lindo día de mi primera comunión. El vestido, el velo, los zapatos, la vela, la fiesta, los regalos. Fue hermoso. Cómo lo agradezco.

Imposible no agradecer gestos tan gratos y significativos para una niña de once años que se siente exaltada.

Ahora que soy una adolescente quiero someter la religión a mi propio análisis, quiero como encontrarme a solas con ella, ya no porque mis padres me llevan o me digan. Es que tiene que salir una decisión personal, libre, espontánea y sincera, y para ello tendré que permitirme pensar por mí misma por primera vez.

Soy yo quien decide si sigo practicando. No te preocupes, tú cumpliste con lo tuyo, me enseñaste, me animaste, me diste ejemplo.

Te lo agradezco, pues lo que querías era que yo siguiera un camino correcto; como te lo dije en otro apartado; no voy a seguir otro camino equivocado así por así, no voy a echar al traste de un momento a otro, ni tu ejemplo ni esas enseñanzas dadas durante estos años que llevo de vida.

Es que quiero sentirme una persona que piensa, reflexiona, y que decide, con sus propios criterios, y, gracias al libre albedrío, lo que quiere, aun en materia de religión.

¿Drogarse?

Cuando se piensa en adolescencia, los papás se cubren la cara con las manos, se mesan la frente y piensan con temor en: drogadicción, sexo, desobediencia y libertinaje. Es cierto que en esta época de cambios, inquietudes, búsquedas, se aumentan las posibilidades de contacto con la droga. Por todos lados se oye hablar de ella. No creas que somos nosotros, los adolescentes, los únicos responsables de pensar en ella. Ustedes los adultos tienen una alta responsabilidad. Han permitido que se transmitan películas cuyo personaje al drogarse triunfa, tiene éxito y es aplaudido. Dejan que se emitan canciones que alaban y endiosan la droga, con tal de vender muchas copias de discos para llenarse los bolsillos de plata.

Tienen responsabilidad por haber dejado llegar esa época en la que el narcotráfico se enseñoreó por doquier y muchos adultos nos dieron mal ejemplo arrodillándose ante delincuentes, asesinos, que por el dinero compraron conciencias, secretos y vidas.

Les queda el compromiso de luchar para acabar con esos modelos nefastos, parecidos a Satanás, que aparentemente invitan a la vida, y que en realidad conducen al hueco profundo y oscuro de la perdición. Quiero decirte, además, que el problema de la drogadicción no se agota solamente en la información, los contactos, que sobre ella la adolescente tenga.

Tengo la formación y el conocimiento sobre esas sustancias: a través de libros, conferencias, y directamente, pues, por más que lo quisieras no impedirías que me encontrara frente a frente con ella.

Ella está por todos lados; cuando menos lo creía, ahí estaba un amigo o amiga que "metía droga". Quizá a ti te había pasado lo mismo, y nos seguirá pasando, porque lo importante con la droga no es evitarla o huirle sino no dejarle espacios... ¡Eso!, no permitirle ningún lugar donde se anide.

¿Qué quiero decir? Muy sencillo. Te lo explicaré como con plastilina:

La droga sólo llega a almas que presentan grandes vacíos de afecto, grandes huecos de incomunicación.

Se anida en personas que tienen cicatrices de rechazo, indiferencia, mal trato y baja autoestima, ocasionados en sus más tiernos años.

He conocido amigas más presas de esa enfermedad que se llama drogadicción. Quitémosle lo de vicio. Es más poderosa y temible. Tiene tentáculos fuertes que aprisionan y amordazan. Superan la buena intención, y lo que se conoce como fuerza de voluntad.

Esas chicas necesitan un trabajo muy serio y profundo de ayuda que no se despacha con culpabilizarlas, reprocharlas o regañarlas.

Necesitan una preocupación y atención científica y profesional, que no garantiza el éxito total, porque en realidad son ellas quienes dicen la última palabra, cuando encuentren que pueden amarse a sí mismas como condición para vivir una existencia plena y real.

Cuando están presas de ese monstruo es como si en su interior habitara un gran agujero negro —black hole— del que hablaba Einstein en el espacio sideral.

La chica drogadicta es un ser humano en el cual la droga encontró un espacio y allí se anidó.

Y como te lo dije adelante, ese abismo y vacío es de amor. Pero no del amor de los muchachos..., sino del amor de sus padres. Hablan de ellos a veces con odio, con rencor..., aunque en lo hondo de sus corazones lo que sienten es el deseo de pegar un grito..., un grito de dolor... y de reclamo...

A veces las siento como si fueran niñas grandes que no lograron madurar. Con cuerpos de mujeres, pero con almas de bebés que buscan abrazos, miradas, besos, cuidados; mantienen la dependencia, el desorden y la inocente irresponsabilidad de los bebés.

Me he asomado a esas almas. He aprendido de ellas a valorar mi casa, mis padres, mis hermanos, mi colegio, las enseñanzas, el amor, las preocupaciones, los consejos, los principios, la disciplina.

Le he dado gracias a Dios porque eso no nos ha pasado a los dos. Es cierto que hemos peleado, discutido, pero te he tenido. He contado contigo.

Muchos padres creen que sólo advirtiéndolo a los hijos sobre la droga habrán tranquilizado sus conciencias y les evitarán el riesgo de volverse adictos.

Y cuando, desgraciadamente, encuentran que una de sus hijas deambula en ese mundo oscuro y sombrío, optan por “rasgarse las vestiduras” culpabilizándose mutuamente (padre y madre), o en el peor de los casos convirtiendo a la víctima (la hija) en victimaria.

O pensando que al enviarla donde el psicólogo, ya habrán satisfecho toda esa responsabilidad frente a los muchos momentos en que no estuvieron con ella. Pensarán que es la excelente manera de disminuir la gran culpa que sienten o de desandar todo el camino recorrido desde que ella nació.

El psicólogo es una excelente herramienta de ayuda, pero como profesional, él no es el mago, ni reemplaza a los padres en su tarea de dar afecto y formar a sus hijos.

Por esa razón es necesario invertir más tiempo e interés a la prevención.

Te describiré la candidata drogadicta:

Una muchacha ignorada por sus padres, relegada para lo último, con

necesidad de amor..., cuyos padres no se comunican adecuadamente, con baja autoestima..., buscando amor por doquier.

Una persona que vaga tratando de calmar una ansiedad que no sabe de dónde le proviene. Intentando encontrar paz y tranquilidad en las rumbas y fiestas con sus amigos, y en las relaciones genitales que realiza de manera superficial y que sólo contribuyen a aumentar su sensación de vacío, soledad y depresión.

Es una persona que se siente culpable, se aísla, se autodesprecia, se margina y por ello se vuelve irascible, problemática, y por eso ella misma se autoagrede, porque aprendió en sí misma lo que vio de sus padres: a tratarse mal.

Que vaga tratando de encontrar almas gemelas que jamás le servirán de ayuda o medio para salir adelante, porque son seres con la misma situación, que cargan el mismo lastre. Sólo logran formar un aquelarre de oscuridad, tristeza y muerte.

Ellos se convierten en una masa, que al sentirse identificados se sienten protegidos y comprendidos entre sí aunque nunca saquen a relucir ni el más mínimo de sus sentimientos.

Todo lo contrario, tratan de acallar, esconder o ahogar sus reales sentimientos a través de máscaras, de risa, dureza o imposibilidad que les permite su droga.

Por eso cuando el sentimiento de vacío se asoma, vuelan a ese limbo de muerte momentánea y se engañan a sí mismos con la estúpida idea de que están en un éxtasis de paraíso.

Es sólo esa característica. Por eso no temas, en mí no hay ese abismo. Pero no te confíes. Por favor, no permitamos que entre los dos se abran distancias.

Este camino y esta relación de padre e hija nos dará la oportunidad de vivir experiencias de amor y alegría. También nos conducirá a momentos de desacuerdo, de discusiones, y de dolor para ambos.

Ojalá que no sea el alejamiento, la mala cara, el silencio, el desprecio, el dejar de hablarnos las soluciones a los momentos en que de manera natural haya crisis en nuestra relación de padre e hija.

Ambos somos seres humanos, las veces que te contesto mal tienes todo el derecho a molestarte y enojarte, pero piensa que de los dos yo soy la más susceptible. Detrás de mi cara de prepotencia, rebeldía e impasibilidad, se encierra un alma débil.

No permitamos que se abran distancias; la droga es un flagelo que debemos desterrar no dejando espacios de incomunicación que le permitan entrar, o vacíos de amor y comprensión donde ella, vuelvo y te lo digo, se anide.

Tratemos de que no sea el silencio y el alejamiento lo que caracterice los momentos de discrepancia entre los dos... Recuerda que en esos momentos de dificultad también serás mi padre. Tienes la tarea de educarme y formarme para enfrentar los conflictos futuros a que me vea abocada, con mis hijos o las otras

personas.

Aunque con ceño fruncido te mire, muy en mi interior te estaré pidiendo que no me abandones.

Eres la única persona a la que le importo y no puedes dejarme ni siquiera en esos momentos.

Soy una adolescente, y a veces me vuelvo rebelde y contestona, y en esos momentos críticos necesito de tu ayuda..., si lo hacemos dialogando, contenta lo recibiré y nuestra relación permanecerá.

He oído que algunos padres, cuando están muy molestos con sus hijas, las amenazan con echarlas de la casa, no hacer nada por ellas. Yo creo que les falta reflexionar que cuando una hija cometa un error por grande que sea (así sea un embarazo no deseado, sin casarse) el padre debe seguir orientándola y ayudándola.

La oportunidad en la que la hija se equivoque no se puede convertir en la circunstancia en que los papás le caen encima con la satisfacción de "probarles" inmaduramente que ellos tenían la razón y ganaron.

Esto se parecerá más a un juego de niños donde lo que importa más al papá es el falso orgullo y no el corazón de un padre amante que aprovecha toda oportunidad, aun los errores, para educar a sus hijos. Esas enseñanzas jamás se olvidarán.

No permitas que algún día me encuentre encerrada o acorralada para que la droga se convierta en una salida falsa a ellos.

Ambos somos responsables.

Las fiestas

En este momento de mi vida han empezado a despertar mi atención el salir a fiestas, con grupos de amigos, o cuando me invite mi novio o quizá un amigo.

Piensas que no tengo edad, o quizá que no debo exponerme a los peligros que podría acarrear el estar a altas horas de la noche, y tal vez a los efectos del licor.

Créeme, papá: además de ser tu hija, pertenezco a este tiempo ya en los umbrales del siglo XXI; me encuentro rodeada de muchachos y muchachas, que salen, van a fiestas, a discotecas. Claro que el que si la mayoría observa una conducta de este género, no es justificación para yo hacerlo; sin embargo, piensa que ese grupo ejerce una fuerza poderosa.

Debo aprender la medida y la cordura aun en situaciones como esa. Es mediante la libertad, el diálogo y la comprensión de tu parte, la manera como me iré adentrando en aquello de ser una mujer adulta, que sabe comportarse y observa una conducta moral, sin apartarme de mi mundo real, mi mundo de adolescente: el que me está tocando ahora y que jamás se repetirá.

Trato de entender que eso es difícil para ti, siempre me has visto como tu niña, niñita que no sabe nada de la vida; que vendrá un lobo feroz y podrá aprovecharse de mí.

Te agradezco esa preocupación; pero, por favor, ayúdame a madurar. Y una de las formas de hacerlo es, después de orientarme, dialogar, darme ejemplo, darme ocasiones a solas para intentar compotarme.

Yo sé que pasan por tu mente todos los peligros habidos y por haber. Piensas en la inseguridad, que quizá ahora reina más que en tu época.

Es cierto, la situación es difícil, pero nada conseguirás con aislarme de esta realidad —mi realidad—, la que me tocó vivir y en la cual tengo que aprender a desenvolverme, como condición para ser una persona adulta y madura, y no una mujer que en el fondo es una niña grande, que siempre estará pegada de las enaguas de la mamá, porque es timorata e incapaz.

Es difícil este tema, porque los argumentos tuyos están respaldados en titulares de prensa amarillista, que en el fondo no dicen toda la verdad. Aquí en nuestra querida Colombia hay amor y fraternidad entre nosotros. Claro que hay inseguridad —como en todos los países— un poco más agravada por los problemas sociales —hambre y desempleo—, pero debes reconocer que en el fondo lo que te preocupa es más tu miedo a soltarme y dejarme a mí misma manejar la libertad.

Es un riesgo grande, que trae como premio: ¡Crecer!

No te pido libertinaje, te pido algo de libertad —controlada, claro— y, sobre todo, razonada.

Eso significa que ahora me importa muchísimo el que cuando me niegues un permiso, me digas por qué lo haces —aunque no me satisfaga del todo—; créeme que, al menos, agradeceré si te tomaste la delicadeza de explicármelo.

Ojalá que no actúes —cuando niegues permisos— dejándote llevar sólo por tus estados de ánimo, es decir, que sólo por estar de mal humor me digas que no puedo salir. Controla tus emociones y toma las decisiones en forma racional.

El novio

Antiguamente se pensaba —así me lo ha contado la abuela— que tener novio era casi ya como tener la persona con la que una se casaría. Estar de novio era comprometerse.

Ahora no es así.

Para los jóvenes ahora las cosas son diferentes, y para tu bien te las explicaré: desde que estaba chiquita en el jardín, había un niño con quien me sentía mejor que con los demás. Pensaba que éramos novios, pero ni nos dábamos un beso.

En el colegio, en cambio, sí había niños que me mandaban saludes, me mandaban razones con otros compañeros; ellos decían que querían cuadrarse conmigo; o sea, querían que fuéramos novios.

Te confieso que tuve varios novios —en secreto—, sólo lo sabíamos los compañeros. Pero eso era como una amistad especial, solamente importaba lo externo, la cara bonita o nada.

Ahora que ya tengo más de trece años, conozco que las relaciones entre una niña y un niño preadolescentes o adolescentes son:

Amigos especiales: son amigos que además de ser amigos, se gustan (generalmente por el físico) y a veces, se besan (sí, así es, aunque te extrañe).

Amigovios: son amigos, y a la vez novios; la diferencia es que ninguno se siente comprometido con el otro. O sea, que cada uno en esta relación puede salir o entablar un romance por fuera.

Un vacilón: es cuando una chica y un chico, son novios, por un tiempo; pero sin ser novios; ¿contradictorio, verdad? Pero en realidad es así. Salen, se besan —pero no pueden hacerse reclamos de fidelidad— porque no han hecho el pacto de ser novios; solamente están vacilando, así se llama. Puede que se acabe, puede que se convierta en un verdadero noviazgo.

Novios: esta relación sí conlleva un pacto de fidelidad mutua. Se llega a ella cuando ambas personas sienten que sus sentimientos —o a veces su atracción— es bastante fuerte.

En nada se parece a los romances que en tu época —por allá en la década del sesenta— se contraían. De ninguna manera este noviazgo tiene que terminar en matrimonio, o el novio tendría que pedir la mano de la novia. Eso se dejaría para los mayores; aquí solamente se está iniciando en la vida afectiva.

Te he querido explicar paso a paso cómo son las diversas relaciones que se establecen entre chicos de mi edad, para que te asomes a mi mundo. Segura-

mente no las compartes y preferirías que se restringieran a cuando, con la edad y madurez suficiente, se pudiera iniciar un noviazgo tradicional.

Sin embargo, por más que los adultos se opusieran no impedirían que esto se diera. Porque el de nosotros los adolescentes es un mundo diferente .

A mí me está empezando a gustar un muchacho, está naciendo en mi corazón quizá el amor, o el gusto. Te confieso que no sé qué es.

Es algo nuevo y a la vez maravilloso. Es como haber descubierto un manantial para alguien sediento.

Pienso en ti, porque te he observado diferente; tal vez un poco más serio y retraído, o en algunos casos molesto.

Parece que no te gustara mucho que yo tuviera novio.

Te pido que no te opongas. Que me des la libertad de escoger a mí misma. De aprender en esto del amor y los romances. Seguramente en tu cabeza existen una multitud de temores; por favor, conversémoslos, directa y serenamente; ojalá sólo tú y yo.

¿Me imaginas embarazada? ¿Quizá abandonando el estudio? O en el mejor de los casos ¿casándome precipitadamente?

Como hija adolescente, no puedo ponerme en tu lugar tan fácilmente; sólo quiero comunicarte mis sentimientos sinceros frente a lo doloroso que resultaría para mí el tener que enfrentarme a mi padre por defender mi derecho a mis sentimientos de afecto a un chico.

Conozco amigas que viven esa situación. Sufren —sufren mucho— sobre todo porque necesitan del calor y afecto del papá —de un hombre mayor que les podría aconsejar y apoyar— y quien las abandona precisamente en el momento en que más lo podrían necesitar. Sé que para ti es doloroso ingresar a esta nueva etapa.

Cuando estaba niña y te sentía llegar corría a tus brazos gritando: “Papi, mi papi” y tú me cargabas y aquello se convertía en una fiesta. Ahora lo de papi es para otro.

Sientes cómo esa energía de calor y afecto dirigida toda entera hacia ti, ha comenzado a desviarse, una parte hacia el chico que es mi novio; eso te duele y te genera celos.

Podrías controlar esos celos sin impedirme a mí, crecer; sin deteriorar nuestra relación, la de padre e hija, y siendo tú mi orientador.

Porque reconozco que en esta etapa del inicio de la vida afectiva voy a necesitar de tus observaciones y recomendaciones, no puede haber una libertad absoluta, ni una represión absoluta; ambos son extremos con efectos igual de nefastos.

“... Se encontró de pie frente a

una gran puerta en forma de arco,
encima de la cual veíase en grandes
letras la siguiente inscripción:
REINA ALICIA...”
(Ibídem)

... Y ¿los amigos?

Desde que cumplí los trece años he empezado a sentirme diferente. Es la continuidad de todo este proceso que vivo experimentando.

Me imagino que ya te habrás dado cuenta: no disfruto como antes —cuando era niña— de la salida con ustedes a algún lugar. Prefiero a los amigos. Lo enfatizo porque se los escucho decir a ustedes en tono irónico y a veces de regaño. Prefiero a los amigos, y a la vez no.

Quiero explicarme: a ustedes ya los tengo, con ustedes cuento. Es que ahora he descubierto que en el mundo existe un tesoro que de pronto los mayores no valoran tanto como yo: la amistad.

A veces prefiero más los amigos que las amigas. Los amigos porque me sonríen, me cuentan historias, me invitan a fiestas, me llaman, me mandan noticias, y me dicen que soy bonita (y que les gusto).

Ellos conforman un mundo de sueños e ilusiones, de poesía y fantasía. Cuando ellos vienen, comienzo a imaginarme la vida de Alicia en el país de las maravillas: donde todo es dulce, color de rosa, y, sobre todo, se siente reina.

Sí. Me siento reina en medio de mis amigos. He sentido que ustedes, no sólo tú que eres mi padre, también mi madre, experimentan algo de dolor o molestias; podrán pensar en algún momento que me avergüenzo de caminar junto a ustedes.

Nunca lo piensen. Es que en esta etapa de mi vida, los amigos son la forma para aprender a vivir en sociedad.

Tal vez tú que eres mi padre podrás pensar que no está bien que una jovencita esté siempre rodeada de muchachos. Eso dicen los modelos sociales antiguos. Pero si ellos vienen a visitarme a la casa, y tú estás pendiente —no vigilante, como policía— todo se verá natural.

Si me rodeo de muchachos, entre quienes —algún o algunos me harán la cohorte— aprenderé, créeme, a conocer cómo piensan los hombres; y a defenderme cuando ya tú no estés. Además, piensa que es una oportunidad excelente para que entre tú y yo pueda establecerse un diálogo creador, para así yo aprender cómo es eso de ser mujer.

Entonces, por favor, permíteme, sin que me sienta culpable compartir más con amigos y amigas.

Y Dios me hizo mujer,
de pelo largo,
ojos, nariz y boca de mujer;

con curvas y pliegues
y suaves hondonadas;
y me cavó por dentro.
Me hizo un taller
de seres humanos,
tejió delicadamente mis nervios
y balanceó con cuidado
el número de mis hormonas.
Compuso mi sangre
y me inyectó con ella
para que irrigara todo mi cuerpo;
nacieron así las ideas, los sueños,
el instinto.
Todo lo creó suavemente
a martillazos de suplidors
y taladrazos de amor,
las mil y una cosas
que me hacen mujer todos los días,
por las que me levanto orgullosa
todas las mañanas
y bendigo mi sexo.
Goconda Belli
(Poetisa nicaragüense)

Música

Me está interesando ahora la música; antes también asistía a piñatas, primeras comuniones, bailaba, lo sé hacer. La música me ha rodeado siempre... desde que nací.

Pero no sé..., ahora es algo especial..., es mi cómplice..., me envuelve..., como si fuera mi expresión.

Es algo distinto..., tiene un nuevo sentido. Cuando la escucho me transporta no sé hacia dónde..., pero es verdad que me quedo sumergida como en una ola de misterio. Como escondida en un mundo nuevo recreado por mí y por ella.

Tú dices que es ruidosa..., acepto; no es suave como las guabinas y bambucos que aconsejan en la escuela..., es ruidosa..., hace sintonía conmigo..., con mi estado emocional..., vibramos ella y yo en la misma onda...; tal vez así estoy adentro..., o tal vez quiero perderme en ella y escapar de ese silencio que quiere atraparme y hacerme suya.

Compréndeme, no todas las veces quiero estar en silencio y encontrarme conmigo misma; también deseo escapar de mí, buscar un ambiente que no me amenace y donde no me sienta tan atacada.

Quiero crear ruido, llamar la atención, hacer sentir que vivo y que no estoy muerta, que retumbe en la casa o donde estoy, que mi corazón está latiendo.

No es una música para locos, es una música que se está desarrollando al paso que lo hacemos nosotros.

Es música rebelde, tan rebelde como nosotros a los convencionalismos.

¿Es una música fea? No..., sólo es una música distinta... Compréndeme, es mi primera forma de expresión auténtica de mi momento y de mi libre elección.

Dicen que es música satánica..., eso me da risa. No he visto a Dios..., menos a Satanás. Tal vez el diablo crea más sensación..., es malo... Con él no tienes moral..., ni tienes normas... Tal vez muchos muchachos los buscan porque con él "todo se puede". Buscan en él, tal vez, a ese papá que no tuvieron, pero éste es un "papá" que los acepta y a la vez los destruye. Ese no es mi caso. A veces me agrada observar tu cara y la de mi abuela cuando intuye que mi música puede tener mensajes satánicos. Me alegra crear ese misterio e intención de exorcizarme.

No vayamos a convertir la discrepancia de gustos de música en la oportunidad para demostrarnos las dificultades que pasamos en cuanto a autoridad y conflicto generacional.

La conversación y el diálogo nos permitirá aclarar si definitivamente mi música

no te agrada o si porque me gusta no te gusta, y deseas demostrarme que yo soy la que está mal y que tú siempre tienes la razón.

En el fondo, a veces, siento como si estuvieras aprovechando toda oportunidad para demostrar toda tu sabiduría, y a mí, toda mi incapacidad y falta de experiencia ante la vida.

No es necesario que convirtamos la música en eso; yo sé que me llevas distancia y algún día lograré alcanzar esa sabiduría que tienes.

¿Puedes pensar que esa música me transmite sentimientos desordenados y que necesito un exorcismo?... No es para tanto.

Sé que he tenido principios que sembraste en mí y no van a desbaratarse de un momento a otro así como así.

¿Que incita a la droga? Ingerir drogas es más complicado que una simple curiosidad o que entrar a la moda... Aunque este tema y el del sexo te los aclararé detalladamente, te digo que se necesita tener un vacío muy profundo en sí mismo para que la droga se anide allí.

Y ese no es mi caso..., pues tú has estado presente en mi vida y no has dado pie para eso. Existe dentro de mí como una programación para decir no..., que no sólo es la prohibición que haces y que estarás haciendo ahora. Es toda tu impronta que me fuiste transmitiendo a través de nuestra relación mediatizada por el amor, las palabras y el buen ejemplo.

Eso no se va a destruir de un momento a otro, sólo porque una canción diga que se debe consumir drogas.

Es una música original; te confieso que la escucho también por el deseo de diferenciarme de los adultos, aunque no me satisfaga totalmente.

También, por ser aceptada dentro de mi grupo social, pues todos mis amigos escuchan la misma canción y quienes no lo hacen están out y yo no quiero que me saquen de mi círculo de amistades o que me crean la atrasada o desinformada.

Yo sé que en el fondo te preguntas: ¿y por qué le gustará esa música tan fea? Sí, lo sé, pero me agrada crear esa atmósfera de interés hacia mí.

Te tensiona escucharla..., sí..., te he sentido así... En el fondo siento un placer morboso distinto... y que en la música no podría haber excepción.

¿Que es fea? Dime, ¿es fea sólo porque no te gusta? O ¿porque los compases o los ritmos no guardan una armonía de acuerdo con un análisis musical profundo?

No creo que te refieras a esto último. Todo esto es cuestión de gustos..., pues no me gustan los tangos, a ti te fascinan..., pueden expresar la esencia de la vida como tú lo dices..., pero no creas, en últimas es tu gusto... frente al mío. Pero tú ganas porque tienes más edad. No te lo critico..., pero trata de entender que quiero encontrar una música distinta.

Me imagino que en la década del sesenta a los Beatles no les iba tan bien... Encontraban rechazo de las generaciones antiguas...; ellos son pasado para nosotros los jóvenes...; ellos despertaron las mismas críticas que despiertan ahora los grupos de la música moderna.

Es posible que esa música tenga esa rebeldía que en el fondo yo escondo y que a veces saco a pasear contigo.

Ahora hablemos de sexo...

Es un tema escabroso como para hablarlo entre los dos, pero la verdad... ya hace mucho tiempo otros te ganaron la delantera: la televisión, la música, las amigas.

Pero es sólo en información; porque esos medios me han atiborrado como a otras muchachas de muchos datos acerca de la sexualidad, y tú comprenderás que más allá está la formación que sobre ese tema se debe tener; el diálogo íntimo entre tú y yo, podrá darme la tranquilidad que el sexo no es malo. Cuando tú como adulto, empieces por compartirme lo que para ti significó y significa la vivencia de la sexualidad; cuando me cuentes como ser humano cómo fue tu primer beso y tus ruborizaciones frente a tus padres al hablar de ese tema, o a tu timidez al enfrentar por primera vez una persona afectivamente, entonces sentiré que eres humano y que yo no soy una extraña ni la única a quien se le manifiesta estos impulsos propios de mi estado en evolución.

Nos encontramos como dos personas; te sentiré auténtico, aceptándote como ser sexual e invitándome con tu actitud a hacerlo también y a empezar a crecer en esa dimensión importante en la vida de todos.

Empezaré a creer que eres de carne y hueso y no como quieren aparentar muchos adultos, al negar el placer por el sexo, que nos hacen pensar que están por encima del bien y del mal.

Tendremos un acercamiento profundo, y mis sentimientos aflorarán.

Sí. En este momento me inquieta..., pero, cómo decirte que no es sólo la información sobre sexo..., ni el énfasis en lo genital..., no..., no, son mis sentimientos..., mis ilusiones. Cómo decirte sin que se me caliente la cara delante de ti... tan poca costumbre tenemos los dos para tratar esos temas.

Y es que mi ambigüedad me lleva a sentir alteraciones en mis emociones. Una necesidad grande de replegarme en alguien pero con la necesidad coital... es con la mayor necesidad de afecto, de cariño. Esos espacios que tú no llenas los llenará otro, pero de una manera desproporcionada tal vez como ni tú ni yo lo queremos.

Permíteme recordarte, que la sexualidad no sólo es coito o genitalidad; obvio que al pensar en esto no sólo me interesa sino que me llena de deseo; un deseo indefinido, que a veces se hace fuerte y persistente; un deseo que me lleva a la fantasía o a planear salidas con los amigos, donde intentamos buscar con quien hablar separadamente.

Pero no es sólo coito, es también mi vivencia de persona, mis sentimientos románticos frente a los chicos.

La mayoría de la gente cree que hablar de sexualidad es referirse siempre a coito o hacer el amor o si lo prefieres acostarse con alguien.

Sexualidad es todo lo que soy como persona, y todo lo que me caracteriza como mujer: es mi ser personal y me acompaña desde que nací.

La gente dice que las niñas siempre somos más cariñosas con el papá y nos apegamos más a él. Es explicable: hay como una correspondencia: varón-mujer; lo que hablan los orientales como la energía Ying-Yang.

Pero, ¿por qué será querido papá, que cuando empecé a abandonar mi cuerpo de niña, y naturalmente, empezaron a aparecer mis caracteres sexuales secundarios, te fuiste alejando de mí? Sí. Ya no me abrazas tan tiernamente como antes; no me cargas sobre tus rodillas, no caminamos cogidos de la mano.

Puede que en parte se deba a mí. Pero otra parte se debe a ti. ¿Sientes miedo a algo? ¿Crees que porque me estoy convirtiendo en una mujer adulta ya no necesito del abrazo caluroso y cariñoso de mi padre?

Pues te quiero decir que ahora, como las otras veces, tu palabra será más importante que la de cualquiera que desee aconsejarme en materia de muchachos. Y tu abrazo con cariño me llenará de confianza y seguridad ahuyentando los temores absurdos que a veces acompañan a algunas mujeres. Y para sentirme autorizada a solicitar tus palabras de apoyo será necesario que te sienta cercano y cálido.

No tienes por qué poner esa cara de energúmeno o de impasible.

Es que tú y yo pertenecemos a esta cultura latinoamericana que tiene tantos prejuicios en relación con el sexo y la sexualidad. Estos prejuicios han hecho creer falsamente que son las mamás, por ejemplo, las que le deben hablar sobre esos temas a las hijas y los papás a los varones.

Como si el misterio tan sublime de la concepción y maternidad no abarcara a toda persona humana y por tanto no lo requiera de su conocimiento.

Necesito de tus abrazos ahora y siempre, de compartir el afecto, de expresarnos ternura, sin temores o miedos culpabilizadores.

Quiero aprovechar este espacio para hablarte de mis inquietudes de la sexogenitalidad.

Ustedes los papás le tienen mucho miedo a hablar de esos temas ¿Por qué será? ¿Porque tendrían que decir que una relación coital genera placer?

¿Y no pueden ocultar que es agradable al cuerpo y que tú lo experimentas pero no quieres que yo lo haga? ¿Y crees que por no decírmelo, con ello impedirás que yo decida tener sexo tempranamente, antes del matrimonio?

Es necesario que abordemos abiertamente esos temas sobre sexogenitalidad, embarazo, besos apasionados, conductas inmorales y lo que te gustaría verme haciendo con mi novio.

Pero tú y yo a solas, sin regaños, sin ironías; de frente, porque yo ya sé bastante de esos temas. Me gustaría conocer tus apreciaciones.

Temes a que me vaya a acostar de buenas a primeras con mi novio. Estoy segura que deseas mi bien. No me quieres ver como madre soltera. No quieres que nadie juegue conmigo. Debes mantener la moral en tu familia.

No seas siempre tan extremista. No mantengas tu mente llena de escenas de sexo. No me imagines siempre en moteles.

Pero... mantengamos el contacto, dialoguemos, dame afecto para no buscarlo equivocadamente —en el sexo—.

Háblame, no desconfíes de mí; muchas chicas precisamente por la desconfianza manifiesta de sus padres, se involucran en el sexo demasiado temprano y sin amor muchas veces; por la rabia con sus padres que siempre creen que en toda salida van a parar con el novio a un motel.

O como manera de presionarlas utilizan frases como: "No se vaya aparecer embarrigada" o "espere a ver a que aparezca embarrigada". Tal vez esas expresiones tengan la intención de evitar de manera punitiva—negativa que las hijas inicien una vida sexogenital activa, pero laceran la autoestima y crean resentimiento y distancia con el padre.

Hablemos tú y yo de lo que quieres y no quieres de mí, en forma positiva.

No creas que sólo en la noche se pueden tener una relación coital: los moteles permanecen abiertos todo el día. Perdona la ironía y el humor negro pero comprendeme que los jóvenes de hoy tenemos mucha astucia e inteligencia para salirnos con las de nosotros cuando queremos hacer algo. Por lo tanto, no es la represión, ni los regaños, ni los intentos de culpabilización las estrategias adecuadas ni efectivas para evitar que tengamos sexo temprano; es el diálogo, la reflexión y el cariño.

Es la fuerza de la razón y los principios cimentados, el recuerdo permanente de que la vida vale la pena vivirla y que hay que encontrarle sentido.

Es el fortalecimiento de la autoestima, tratándome bien y rodeándome de cariño para que yo quiera tratarme bien y evitando que se me convierta en juguete de pasiones, de otro u otras.

Es dándome importancia, es enseñándome a que yo sea quien la que tome las decisiones, porque no siempre estarás tú a mi lado para decirme qué hacer.

Además porque yo debo ser la quien aprenda a defenderse y hacerse respetar.

Para finalizar

Todo lo que has leído hasta el momento es como una cantinela donde salgo favorecida, donde soy la víctima y tú el victimario... Esa sería la interpretación ligera si tratamos de hacer un juicio, pero no es así, querido papá, porque va dirigido directamente a ti, a tu mente y a tu corazón... En un diálogo íntimo entre los dos, no hay un juez..., no se dictará una sentencia.

No intento culpabilizar ni quedar realzada; yo sé y tengo presente que intentar ridiculizarte es hacerlo hacia mí misma, pues eres mi única familia y la que siempre presentará diferencias.

Este escrito es como un poema, así quiero que lo tomes, como una oportunidad para reflexionar; cuando lo leas te permitirá mirarme de otra forma, también yo al escribirlo he podido reflexionar sobre mí misma y he ido descubriendo dificultades entre los dos que tienen en mí sus raíces y que nos posibilitará una mejor relación.

No es un escrito para obtener un testimonio acusatorio; no, nunca. Míralo como una carta de amor, porque nadie pide o reclama, a quien no ama; éste es un reclamo de amor.

Es mi deseo de que me comprendas... para que yo misma pueda caminar en eso de comprenderme a mí misma. Al final ganaremos los dos..., ganará nuestra familia... Tal vez no nos ahorrará problemas... ni enfrentamientos..., pero sí disminuirá la posibilidad del odio entre padre e hija. Habrá momentos en que sentiremos una rabia mutua..., pero será momentánea..., pasajera..., vendrá el diálogo y continuaremos nuestras vidas.

Te lo he escrito porque si te lo dijera oralmente, mi miedo de ofenderte lo impediría; tal vez la lucidez de poder plantearlo por escrito se vería menguada. Créeme, no he vivido lo que tú..., no he sufrido lo que tú... no he tenido momentos tristes gracias a ti.

En verdad te lo agradezco... aunque no lo diga frecuentemente. No es necesario que me recuerdes la vida desdichada que tuviste... Fue duro y eso hace más valioso toda tu superación y el esfuerzo que haces por sacarnos adelante. Pero piensa, papá, que al repetirme con frecuencia todo lo que has sufrido, siento como si me sacaras en cara el sostenimiento que me das... y eso me duele mucho..., vivamos el presente..., piensa que ni mis hermanos ni yo tuvimos la culpa de tus sufrimientos..., ni tenemos que pagar las consecuencias de ello, me duele decírtelo, pero por favor, piénsalo.

Intentemos cambiar nuestra relación... pues tú necesitas apoyo y afecto, nosotros somos tu patrimonio... y somos tu familia y deseo que confíes en mí.

Que no me mires con desconfianza, que luchemos por mantener nuestra relación de padre e hija, porque hay muchas cosas que yo debo cambiar..., lógico; no olvides que sigo creciendo y que tú eres mi formador..., mi padre y estoy orgullosa de ser tu hija.

¡ALTO!

—No siga leyendo—

Lo que encontrará a continuación puede ocasionarle una extraña transformación: se podría convertir en un mejor ser humano.

Este no es un capítulo para leer; es un capítulo para: pensar, sentir, meditar y actuar.

¡Usted decide!

Capítulo para no leer

Acaba usted de leer una carta extraña, muy diferente tal vez, a las que ha leído, más cuando es posible que esté planteando lo que su hija adolescente esté viviendo y que no se atreve, o no tiene las palabras adecuadas para formularlo como en este escrito se ha hecho.

La intención original era dejar sólo la carta, sin añadirle nada para que el padre con su sola lectura sacara sus conclusiones. Sin embargo, pensando más detenidamente se creyó que algunas frases podrían necesitar de algún tipo de comentario y, además, de elementos sugerentes al padre de una adolescente.

Se espera que su lectura contribuya a aclararle aspectos de este interesante proceso de maduración humana y, sobre todo, que ayude a mejorar la relación con su hija.

Para que este ejercicio de lectura sea más productivo se le sugiere hacer un diálogo con la hija, por ejemplo:

Usted podría leerle algunas frases e invitarla a formular sus comentarios y así generar un compartir creador para los dos. A continuación entonces, se va a comentar de manera sucinta algunas expresiones planteadas a lo largo del texto, y se darán pautas, desde la psicología.

Todo el texto podría resumirse en:

La joven es consciente de que está cambiando: ya no es una niña, pero aún no es una mujer adulta. Sabe y necesita crecer, quiere a sus padres; no los quiere perder, y necesita construir junto con ellos una nueva relación en donde padres e hija puedan compartir la vida como adultos. Para los padres tampoco es fácil este proceso. Siempre han visto a la hija como una niña, y les cuesta aceptar este crecimiento, pues ello les generará ingresar a otra generación y aceptar su propio proceso de envejecimiento, que dicho de otra forma, es aceptar la propia muerte.

La presencia del padre es la estructuración psicológica de toda persona, es definitiva, igual que el de la madre —naturalmente—.

El padre encarna la ley: la autoridad. Se ha escogido en este texto, al progenitor masculino (el papá), dado que, estadísticamente hablando, es el papá, y no tanto la mamá, el que se convierte para la niña adolescente, en el foco de conflicto en esta etapa. Es generalmente con el papá, con quien se vivencia más aguda la posibilidad de una nueva relación de autoridad: los permisos, la aceptación del noviazgo y otros aspectos. Ello no quiere decir que se desconozca

que con la mamá exista algún tipo de cambio, ni que se deje de plano las variantes humanas en donde, a veces, es la mamá la que encarna la autoridad, más que el papá.

El padre debe ejercer la autoridad. El que se le invite a conocer este proceso de adolescencia, en ningún momento es sugerirle a asumir la conducta del Laissez Faire (dejar hacer o dejar pasar) pues esto es tan negativo como una represión absoluta. Sino que, al darse cuenta de este proceso psicológico se puede intentar buscar espacios de diálogo como inicio a un encuentro permanente y amoroso entre padre e hija.

Al ser consecuentes con los principios humanistas, los cuales conciben a la persona humana como única e irrepetible, se concluye que el fenómeno adolescente no es igual para toda persona. No siempre es conflictivo. No todas las personas lo experimentan de manera crítica y si aún lo vivenciaran así, éste sería diferente a cada cual; sin embargo, en la generalidad se pueden encontrar elementos comunes que nos identifican a todos como personas.

Naturalmente existen las diferencias y éstas son muy importantes tal como afirmaba Willian James: "Hay poca diferencia entre los hombres, pero esa poca es muy importante".

Comentemos las siguientes expresiones:

Eras Dios y el Diablo

Está tomada de un libro del gran pensador y escritor colombiano Estanislao Zuleta (el pensamiento psicoanalítico). Quería plantear el autor que el padre, al encarnar la autoridad para la niña, en sus etapas más primigenias de desarrollo psicoafectivo, le genera actitudes contradictorias: es la ley, y a la vez invita a desafiarlo, generando por tanto en la niña sentimientos de ambigüedad, que crean angustia o ansiedad. Esta etapa se conoce de manera alegórica como: Complejo de Edipo, y hace relación, fundamentalmente, a los sentimientos que acarrea esta triple relación entre niña–papá–mamá.

Siento deseos de que me cargues y a la vez me dejes libre

Esto se conoce como ambivalencia afectiva. Dos deseos opuestos, los cuales se dan en el mismo momento. Quizá es lo que más caracteriza este proceso de adolescencia. El que más tipifica esta permanente de la joven. Hoy quiere una cosa y mañana tal vez no la quiere. Quiere una cosa y a la vez no la quiere.

El plantearla de esta forma desafía el principio de la lógica conocido como Principio de No-Contradicción que se enuncia de la siguiente manera: "Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo y en las mismas circunstancias". Sin embargo, en los sentimientos existe esa lógica, diferente a la racional, como la planteaba Pascal: "El corazón tiene razones que la razón no comprende".

Existe la lógica del corazón, diferente y única, en donde se dan estas manifestaciones. También en los adultos se dan estos estados contradictorios: si

no fuera así no sería difícil, a veces, tomar decisiones.

“No sé quién soy... Y deseo saberlo...”

Está es la manifestación, de lo que comúnmente se llama búsqueda de la identidad. Nadie está absolutamente seguro de tener respuesta a este cuestionario de manera satisfactoria, pues la identidad siempre está en cuestión para todas las personas. Sin embargo, tratar de responderla, forma parte de aquello de adentrarse en el conocimiento de sí mismo, y crecer como persona.

¿Quién soy yo?, podría descomponerse en estas tres:

¿Qué quiero?

¿Por qué lo quiero?

¿Hacia dónde voy?

Muchas veces estas preguntas las vamos reformulando a medida que vamos viviendo. Es poco a poco como cada persona va logrando consolidar su propia definición, como se va independizando de la definición que tomaron de sus padres, y del grupo, y logrando su propio criterio, sus metas y su estilo personal. Naturalmente que una gran cuota de lo que somos cada uno, ha sido de nuestros padres. Por eso es necesario comprender que la adolescente irá asumiendo su propia personalidad, al lado suyo, pero sin dejar de ser ella. Encontrando en sí misma, a través de su autoconocimiento, su sello personal.

Usted como padre, puede ayudarle a crecer en cada uno de los cuestionamientos que ella le lance, devolviéndole la pregunta así, por ejemplo:

¿Y para ti qué significa eso?, o ¿y tú qué te has respondido?, o ¿y tú qué piensas...?, o medítalo más; dame tres razones para justificar lo que me dices.

Si hay silencio de parte de ella, es señal de que no tiene respuestas. Entonces no responda por ella, o no conteste lo que usted contestaría; dele tiempo a que ella descubra su propia respuesta, tomada de la meditación y reflexión prudente, la cual al final será hija de su verdad.

Así, poco a poco, además de ir encontrándose consigo misma, su hija irá aprendiendo la importancia de tener argumentos propios frente a los hechos de la vida.

En el adolescente es lo más común, y el padre que así lo entienda no llevará a la joven a más confusión y tensión echándole en cara precisamente esto (la ambivalencia), que es lo que más le preocupa y de lo que ella misma quisiera salir.

Usted como padre podría ayudarle a su hija a superar esta situación; para ello le recomiendo dos actitudes:

Aceptación incondicional

Como lo dice el título, es aceptación sin condiciones. No evaluar, no juzgar, no calificar. Es una adolescente. Es ambigua. Es contradictoria. Eso se espera de ella. Así es. Se le acepta. Máxime que usted es el padre, ¿y de quién más ella

podría esperar comprensión que de su propio papá?

Jamás confrontarle, de una manera dura y cruel con frases como: ¿pero al fin qué? ...¿Sí o no?; pero si antes te gustaba esto o aquello y ¿cómo puedes cambiar así de rápido?

Más bien el papá que observa a su hija en esta postura debe sonreírle y mantener una actitud amorosa de la apertura y receptividad permanente. No olvide que es un estado transitorio, que sea como sea es su hija.

Tal vez usted piense que si mantiene esta actitud de aceptación, una postura muy blandengue, usted no le ayudará a madurar, y que la mejor opción es mostrarle directa y fuerte esas contradicciones.

Pues no, señor, todo se consigue paso a paso, todo tiene su tiempo y su momento; se trata, por ahora, de no añadir más confusión a la señorita que atraviesa este proceso.

Comprensión empática

Tener empatía es tratar de situarse en el lugar de la otra persona, o como diría algún autor: "Ponerse en sus propios zapatos".

Es muy difícil para él salir de sí mismo e intentar ver el mundo del otro, como él mismo lo ve. Cada uno de nosotros, permanentemente está pensando en sí mismo, en sus propios problemas, sus fantasías, e ilusiones. Somos egoístas, a veces, ególatras. Queremos que nos comprendan, y no intentamos conocer al otro. Tenemos demasiado narcisismo (amor exagerado a sí mismo).

Es muy diciente, como dice Dale Carnegie, que cuando a usted le muestran una fotografía en la que aparece junto a otras personas, así éstas sean muy cercanas afectivamente, a quien mira inmediatamente y de manera preferencial es a usted mismo. Todos hacemos eso.

Y de alguna manera, este amor a nosotros mismos es muy importante, y a partir de él es que podemos amar a los demás. Sin embargo, una exageración de él no nos permite empatizar con los demás, salir de nosotros mismos y mirar el mundo del que está a nuestro lado.

Lo invito a que haga el siguiente ejercicio:

Imagínese cómo era su adolescencia, cómo eran sus sueños, sus fantasías, cómo le habría gustado que hubieran sido sus padres con usted. ¿Tal vez hubiera querido más cariño, más comprensión, más cercanía? Más diálogo, ¿verdad?

Ahora trate de imaginar el mundo de su chica adolescente. Imagínese lo maravilloso que debe significar para ella encontrarse en ese mundo de idealización como si fuera Alicia en el país de las maravillas.

Imagínese lo que le puede acarrear a ella el despertar por primera vez al amor y al deseo sexual.

Imagínese lo importante que es para ella la música, los amigos, el novio y la posibilidad de salir a fiestas, como lo hacen sus otras compañeritas.

Dudo que Dios exista

Como efecto del estado de transición que experimenta, la adolescente desarrolla el deseo y actitud de cuestionamiento hacia todo lo que la rodea, y uno de los aspectos más propicios para ella es la fe en Dios.

Muchas veces ellas asimilan la fe en Dios y la práctica de la religión como los valores de los padres o los adultos, y si se tiene una inadecuada relación con éstos, tal vez expresen rechazo hacia esta importante dimensión humana. No por ella misma, sino que, ella se convierte en símbolo hacia el cual desplazará todo el rechazo y resentimiento.

Sin embargo, aun en el caso de tener una relación sana con los adultos, es justo que la joven encuentre en sí misma las respuestas de Dios y la religión, en el sentido de si cree o no, si quiere practicarla.

Cada uno debe descubrir la voz de Dios en sí mismo, aún con la ayuda del sacerdote o ministro religioso, pero será en últimas, la propia persona, quien encuentre razones, como decía san Agustín: "Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti".

Se debe tener cuidado en esta etapa de susceptibilidad y labilidad afectiva de no intentar una imposición absoluta, sin brindar la posibilidad de comprensión a través del diálogo inteligente. Cada uno, desde la religión que practique, podrá explicar la parte racional de su creer: "Dar razón de nuestra esperanza", como dice el santo padre Juan Pablo II, al presentar el Catecismo Católico.

Es saludable en toda religión dar espacios de libertad a la joven en proceso de crecimiento, para pensar en su religión y su relación con Dios.

No hay que asustarse creyendo que por esto se volvió atea o hereje. Al final es honesto decirle que hay cosas que pueden ser como ella las dice, por ejemplo: "Que no se puede explicar a satisfacción, a Dios de manera racional", sino que usted decide si cree en ello, que es la fe de sus mayores y que ella tiene el derecho a no creer.

Seguramente su hija heredará la fe de sus mayores.

Autoridad

Uno de los aspectos en que más se hace notoria la ayuda en la adolescencia, es la nueva relación que la adolescente quiere plantear frente a la autoridad.

La adolescente quiere otros modelos de relación. Ya no el vertical de obediencia, sino el horizontal. De igualdad como adulta.

Quiere plantear otra relación con una figura tan importante para ella como es su padre, que sea distinto a la de la niña.

Todo extremo es negativo: autoridad represiva y carencia absoluta de ella. Ambos extremos tienen los mismos efectos funestos.

Se necesita dialogar porque la joven reclama la presencia del padre.

Al padre le corresponde asumir una actitud madura que lo lleve a no responder con los mismos gritos, ni rabietas de la adolescente, no con los mismos silencios.

Muchas veces la joven adolescente se refugia en un mutismo del cual debe salir, ojalá con la ayuda amorosa de los padres.

Qué opina usted del papá que no habla con su hija porque tuvieron una discusión, y viviendo en la misma casa ni siquiera se saludan, haciéndose mala cara. ¿No le parece que aquí el papá parece más niño que su hija?

Ser maduro aquí, significa sobreponerse a esas actitudes pueriles de la joven adolescente que con sus posturas de desafío puede desestabilizarlo a usted y hacerle salir de casillas; pero tenga bien presente que usted es el adulto y es quien debe orientar y formar, como decía el maestro Jesús: "Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?".

Trate de no hablar con su hija cuando esté molesto. No la grite en ninguna circunstancia. Todos somos humanos y cometemos errores. Puede disculparse ante su hija, eso será un acto de nobleza y grandeza que enseñará a ella a hacerlo.

Cuando quiera llamarle la atención sobre algo, recuerde lo que dice la Biblia: "Si tu hermano comete una falta, llámalo a solas... Si reincide llámalo en presencia de dos de la comunidad, si persiste, díselo en presencia de la asamblea".

Llamándola aparte, para conversar, hará que su hija se sienta adulta, que merece respeto y consideración, a quien se le trata de tú a tú y no en una línea vertical de autoridad impositiva y represiva.

La autoridad no sólo es buena sino necesaria en todo tiempo y lugar. El papá representa para la hija el prototipo de las normas, tanto las interiores como las - exteriores, que le enseñarán a ella a comportarse en una sociedad equilibrada y civilizada.

Se necesita autoridad, no autoritarismo; éste último es la imposición, es el ejercicio inadecuado de la autoridad. Es el despotismo, es la expresión de la inmadurez del padre.

Ya en las inmediatas cercanías del siglo XXI es necesario preparar a los adolescentes para que sean personas libres, capaces de autodeterminarse, y una manera de lograrlo es precisamente a través de una autoridad amorosa y clara.

Pautas para escuchar adecuadamente a su hija

Escuchar es más que oír. Supone una actitud totalizadora de la mente y los

sentimientos, de un deseo profundo e interés genuino por las necesidades del otro que viene a comunicar.

Escuchar es una actitud amorosa, es un acto de generosidad, de autodominación; posibilita un encuentro existencial entre yo y un tú, en un intercambio de vivencias, mediante la comprensión empática, en actitud de respeto sincero del marco de referencia del otro.

No es fácil escuchar así, más cuando supone ponerse en el lugar del otro, un salir de sí mismo. Cuando es abismalmente distinto a quedarse callado.

Si existe la intención y la predisposición a escuchar, he aquí algunas pautas que le puedan servir para hacer más efectivo el intercambio.

Leamos primero lo que no se debe hacer:

1. Juzgar, calificar, o evaluar (es decir, manifestar que algo está bien o está mal hecho).
2. Ser autovirtuoso o hipócrita.
3. Dar demasiados consejos o pretender saber todas las respuestas.
4. Tomarse a la ligera los problemas de la chica.
5. Inconsistencia entre lo que se dice y lo que se hace.

Escuchar afectivamente comunica una preocupación sincera y genuina por su hija. Ello requiere concentración y práctica.

Es toda una actividad corporal. Por eso, su postura le estará indicando a su hija, que, de verdad, la quiere escuchar. Veamos lo que sí se debe hacer. No olvide lo que hablamos atrás acerca de la aceptación incondicional y la comprensión empática, pues estas dos actitudes son los principios fundamentales de los cuales dependen los siguientes:

1. Cuando escuche a su hija, contéstele repitiendo con sus propias palabras lo que ella le dijo. De esta manera ella sentirá que usted la ha comprendido (y si no ha sido así, pues, la invitará a ella a reformular lo que trata de comunicar). Pero este procedimiento le transmitirá a ella la sensación de que usted se pone en el trabajo de intentar comprender tal como ella expresa y siente.

2. Al igual que los demás, las adolescentes necesitan hablar sobre su rabia o frustración, cuando están disgustadas, tristes o decepcionados, ellas quieren comprensión y no soluciones. Van a estar listos para solucionar una vez se hayan desahogado (o sea, se han descargado de la emotividad).

Una forma de mostrarle a su hija que la comprende es comentarle con sus propias palabras lo que ella le ha dicho. Eso también se llama escucha reflexiva.

Escuchar reflexivamente cumple tres propósitos:

Asegura a su hija que usted oyó lo que ella le estaba diciendo, permite a su hija oír en palabras de otro (las suyas) sus afirmaciones y reconsiderar sus propios sentimientos, y le asegura a usted que puede entender correctamente a su

hija.

Ejemplos de escucha reflexiva

Adolescente: ¿Porque será que las amigas no son sinceras?

Papá: Parece que te sientes decepcionada de tus amigas.

Adolescente: Siempre creí que cuando se es sincero con las amigas, ellas devuelven esa misma actitud.

Papá: Has dado mucho de ti, y te duele no recibir igual.

Adolescente: ¿Te ha pasado?

Papá: Hija, comprendo ese dolor que sientes...

(Falta una clave: cuando escuche a su hija y le quiera contestar, céntrese en el sentimiento que ella manifieste, ya sea en palabras o en su rostro. Y plantee primero el sentimiento, tal como en el anterior ejemplo).

Cuando hable con su hija, observe su rostro y lenguaje corporal

Frecuentemente su hija le asegurará que no se siente triste o desilusionada, pero un temblor en el mentón, o unos ojos vidriosos le dicen a usted lo contrario. Cuando la palabra y el lenguaje corporal dicen cosas diferentes, crea primero en el lenguaje corporal.

Brinde apoyo y estímulo no verbal

Esto puede incluir brindar una sonrisa, un abrazo, un guiño, mover la cabeza, hacer contacto visual, una palmada en el hombro, o tomar la mano de su hija, o no lo olvide, si es genuino, también llorar junto a ella. Utilice el tono de voz adecuado a la respuesta que usted está dando.

Recuerde que su tono de voz envía mensajes de una forma tan clara como sus palabras mismas. Asegúrese de que su tono no parezca sarcástico o como el de un sabelotodo.

Use frases alentadoras que demuestren su interés y mantengan viva la conversación

Pequeñas frases dichas durante pausas apropiadas en la conversación pueden comunicarle a su hija cuánto le preocupa a usted sus cosas:

¿De verdad?

Cuéntame sobre eso.

...Parece como si tú...

¿Qué pasó después?

O simplemente repetir las últimas palabras que haya dicho, así:

Adolescente: La profesora dice que nos falta mayor dedicación y entusiasmo.

Papá: ¿Dedicación y entusiasmo?

Adolescente: Sí, ella es muy exigente.

La adolescencia es una época bella y hermosa en donde nos construimos a nosotros mismos como sujetos del amor y del deseo. Y, claro, también de las normas; todo ello forma parte de lo que es ser persona.

Pero no podemos pasar por ella como por el aire, por todos los miedos que sienten los papás, de que la niña no se embarace, o se enamore y se case prontamente. Naturalmente que todo ello es real y puede suceder; es necesario pensarlo y tomárselo en serio, junto con la esposa, porque la educación de los hijos hay que tomársela en serio, planificarla.

Pero dejarle vivir la vida a los hijos no significa abandonarlos a su libre arbitrio. Usted como papá puede creer que tratando así a su hija, ella asumirá una vida sin normas.

Es normal y comprensible este temor, pero recuerde que usted la ha estado formando desde que nació, y que con su ejemplo le ha ido afianzando los principios morales necesarios para una vida sana y equilibrada.

El hecho de que usted tenga actitud de comprensión no evitará que usted, sutil y delicadamente vaya mostrándole sus sentimientos, respecto a algunos comportamientos de ella que usted no acepte. Recuerde que usted debe y puede rechazar algunas conductas de su hija y nunca a ella como persona, por eso se enfatizan comportamientos.

Para ello le recomiendo utilizar mensajes yo.

¿En qué consisten dichos mensajes? Son una forma de hablar en la cual el que dirige las palabras se apropia de los sentimientos y los contenidos expresados, evitando la generalización o divagación. Se llaman así porque en su mayoría se encabezan con el pronombre Yo.

Ejemplo:

Yo me siento molesto con la grabadora a alto volumen.

No me gusta verte llegar a altas horas de la madrugada.

No me gusta verte besándote con tu novio públicamente.

Estos mensajes son directos y, evitan por lo tanto contraargumentaciones de su hija, como sí lo podrían hacer otras expresiones.

Ejemplo:

Es malo escuchar música a alto volumen.

No se debe llegar a altas horas de la madrugada.

Contraargumentaciones:

Soy joven, nada me afecta.

Eso piensa la gente retrógrada.

Los mensajes así le enseñan a su hija que usted como padre, al igual que ella tiene derecho a expresar adecuadamente sus sentimientos de molestia, rabia, o enojo, dirigidos hacia conductas de ella; repito, conductas de ella, no hacia ella.

Estos mensajes crean una relación personal y vuelven responsable a la persona que habla. No estamos acostumbrados a hablar así, preferimos más bien utilizar expresiones como uno.

Ejemplo:

Para uno es mejor que las hijas no salgan a fiestas.

Mensajes Yo:

A mí no me gusta que mi hija salga a fiestas repetidamente.

Surgen en mí inquietudes sobre mi identidad sexual. Quiero saber qué significa ser mujer. No me enseñaron cómo ser mujer.

Cuando se habla de sexualidad, generalmente se piensa que esto se refiere sólo a coito. Sexualidad también tiene que ver con la identidad. Vivimos en un medio donde se cree que el ser mujer lo da el sexo, las apariencias externas (los caracteres sexuales secundarios) o tener hijos.

Más que todo esto, ser mujer está en el interior, en la concepción de persona. Está en el ser más que en el tener. Se debe destruir el falso concepto que emana de la poesía barata: te hice mujer.

Ayudarle a la hija a consolidar su identidad es permitirle que diferencie estos conceptos, frente a falsos valores que, respecto al sexo —sexualidad y femineidad— prevalecen en esta cultura occidental tan permeada por el cine y la música extranjera.

El Sexo

El sexo no sería tan problemático si se tratara de los muchachos. En nuestro medio hay más preocupación y distancia con las hijas.

Por nuestra cultura latina, creemos que son las mamás las que deben hablar de esta materia a las hijas y los papás otro tanto con los hijos; desarrollamos (los varones) un temor inconsciente a acercarnos físicamente a las hijas. Nos da temor, quizá, sentir sus senos junto a nuestro cuerpo, y por esa razón, evitamos todo contacto cercano, e incluso los abrazos plenos.

Es necesario pensar, como lo dice la misma adolescente, que siempre, como varones, seremos sus padres, y que por tanto existe el deber de prodigarles cariño.

Cuando la niña empieza su crecimiento, todo padre observa con temor, cómo muchos jóvenes se acercan a cortejarla. El padre siente celos, un dolor al saber que, parte de la energía psíquica que la niña le dirigía, ya se va desviando poco a poco hacia algún jovencito. Es un dolor, por una pérdida. Naturalmente

porque perder causa dolor.

Sin embargo, es necesario aceptar esa pérdida, con el dolor incluido. Muchos padres que no hacen el duelo debido, es decir, la aceptación de ese hecho, desencadenan una persecución física y verbal contra todo aquel que se aproxime a su hija, e inclusive contra la hija misma.

Es necesario madurar en el amor con las hijas. Dicha madurez significa dejar a la niña para darle paso a la mujer, permitiéndole o reconociendo el derecho que ésta tiene de satisfacer sus necesidades afectivas por fuera del círculo familiar, y luego su vida sexogenital. Para ello se ha tenido todas las oportunidades para enseñar, aconsejar y dar ejemplo.

No me imagines en moteles

No hay que tener siempre una mente morbosa, al creer que toda salida de las hijas son siempre al inicio de la vida sexogenital. Es necesario dialogar y mantener el contacto, ante todo emocional, con las hijas.

Algunas estadísticas muestran que las niñas inician su vida sexogenital más temprano de lo que los padres piensan, y abismalmente más temprano de lo que hicieron sus padres. Este es un hecho real.

Sin embargo, nada conseguirá el papá, con su actitud punitiva y represiva. Conseguirá con ello ganarse la distancia, alejamiento y la rabia de la hija. El papá prudente debe mantener el diálogo, y aprovechar todos los espacios posibles para demostrar afecto a su hija, para invitarle con esa actitud a acercarse y compartir con ella sus sentimientos y opiniones respecto al amor y a la sexualidad; para ahí mostrarle lo que usted como papá quiere de ella.

No creas que sólo en la noche se puede tener una experiencia coital. Los moteles están abiertos todo el día.

Parece un chiste negro, pero es la realidad. Los padres no pueden controlar de manera absoluta el momento en el que sus hijas iniciarán su vida sexogenital.

Las adolescentes cuentan con demasiadas oportunidades, tienen la suficiente agudeza mental como para calcular los pasos de sus padres e infringir esa vigilancia (aquellos que ya lo han decidido).

Si usted como padre no puede estar seguro de mantener ese control, intente otra estrategia: el diálogo abierto y sincero. Y no olvide alguna plática sobre los métodos de anticoncepción. Somos católicos, no estamos de acuerdo con dichos procedimientos. No aceptamos las relaciones sexuales por fuera del matrimonio, pero tenemos que tener los pies sobre la tierra. Es otra la realidad que estamos viviendo, es un mundo diferente, éste que están viviendo los muchachos y que no nos tocó a los adultos de ahora.

No crea que ello es transigir y aceptar una moral relajada. Como psicólogo con

una vasta experiencia en colegios, conozco esa realidad e invito con frecuencia a que los padres cambien las estrategias de represión y punición, por el diálogo y la aceptación amorosa, que permita una cercanía afectiva y cariñosa para establecer relaciones maduras entre padres e hijas, ya en la inmediata cercanía del siglo XXI.

Dices que prefiero a los amigos

Es una queja muy común de los padres de adolescentes. Las jóvenes que ingresan a esta etapa de sus vidas necesitan más de compartir con muchachas de sus edades, a veces más con jóvenes de otro sexo. No es que no quieran a sus padres, ni menos que se avergüencen de ellos.

Es necesario darles estos espacios, pero sin actitudes o frases culpabilizadoras como: ¡Ah! Claro, quédate con tus amigotes.

Esto muestra el dolor de los padres y su inmadurez frente al aceptar el crecimiento psicoafectivo de las jóvenes, quienes se sentirán como chantajeadas o presionadas sentimentalmente.

Permitir a las hijas el inicio de sus vidas sociales y sentimentales es educarlas y ahí también debe estar el padre, para establecer los límites y pactos con ellas.

Las fiestas

Salir a fiestas, bailes, minitecas, discotecas, y en fin lo que se considera salir, es algo también difícil para todo padre que ama a sus hijas y, naturalmente, se preocupa por su bienestar físico y moral. Sin embargo, mantener alejadas a las hijas del mundo real del que se está moviendo a su alrededor y sus compañeras de género y edad, sería algo así como tenerlas metidas en una urna de cristal.

Las hijas, aunque sus padres no lo quieran, ya están afectadas por todo un entorno en el que se desenvuelven, en el colegio, gimnasio, club, iglesia, círculo de amigos, emisora de música joven, ahí escuchan todas las inquietudes y comparten de todos los adolescentes, quienes se identifican con una misma expresión del lenguaje, frases y palabras que en cada época son privativas de los adolescentes.

Es imposible aislar a la joven de ese su mundo. Más bien, es enseñarle la medida y el control, y para ello es necesario saber que se cuenta con ella con la debida confianza.

Para saber cuándo y cómo darle permiso a las hijas para salir no existen recetas. Cada padre en su corazón debe ir estableciendo en lo que considere, en conciencia, de manera paulatina, la manera de ir dándole larga y permitirle crecer en esto que significa manejar su propia libertad.

Lo que sí quiero enfatizar como psicólogo es que no es nada conducente encerrar las hijas y no dejarlas vivir su mundo de niña adolescente, esta etapa en la que tanto necesita compartir con amigas y amigos, y que jamás regresará.

No se olvide que cuenta con el diálogo y con la inteligencia de ella.

Le recomiendo que se haga amigo de sus amigos, los deje entrar a la casa para que mantenga algún control sobre dónde está ella. Pero que este control no sea exagerado ni sea policivo.

Estoy muy pequeña para unas cosas —salir a fiestas— y muy grande para otras —reclamarle afecto—

Esta es una actitud ambivalente o ambigua: está grande y a la vez está pequeña, ¿al fin qué? Mantener esta actitud conlleva a acentuar la propia que vive la adolescente y la que tanto le genera ansiedad: ser y no ser. Usted debe definir la posición que tiene con su hija. Es mejor decirle:

“Tú eres una adolescente —estás en estado de transición—, para mí mismo es difícil ubicarte en un lugar —niña o adulta—. También debes ayudarme a considerarte poco a poco, como a una niña que ya merece confianza y libertad. Con tus propios actos responsables me mostrarás que puedo confiar en ti y que podrás ser considerada como adulta”.

“Quiero estar seguro de que eres capaz de comportarte sola en algunas ocasiones”.

Esta respuesta honesta, le declara a la hija la razón por la cual usted también duda soltarla, y cómo ella le debe ayudar. Además de confesarle sus sentimientos, sinceros, respecto de sus procesos de evolución que a usted como padre también le afecta.

Soñamos con la libertad, igualdad

y fraternidad

Como ya se sabe, éstos son los principios de la Revolución Francesa, y que expresan esa actitud romántica y redentora de la que muchos psicólogos hablan respecto de la adolescencia.

Ella imagina ideales elevados y metas altruistas, lo cual es producto de su estado de evolución y desarrollo cognitivo explicado por Piaget (psicólogo suizo) entre otros.

Es muy valioso este potencial de nobleza que expresa esta edad, por eso hay que facilitarle a las jóvenes las asociaciones de ayuda, grupos juveniles, Cruz Roja, o beneficencia social.

Intentando finalizar

Enseñarle a una persona a ser padre es difícil, si somos coherentes con la idea de la unicidad de la persona humana. Lo que sí podemos es invitar al padre a hacerse preguntas y a ensayar otras posibilidades en la relación con sus hijos adolescentes.

Es real el hecho de que si se asume este proceso como algo nuevo y merecedor de estudio, se situará ante él con respeto, y permitirá que los descubrimientos de la psicología le brinden herramientas útiles en su papel de formador. Los padres de familia de hoy necesitan buscar ayudas, deben superar la prepotencia que considera inocuo todo procedimiento pedagógico con el pretexto de que antaño no existía y no por ello los hombres de hoy están traumatizados.

Cada época y cada lugar va generando unas posturas determinadas y es necesario tener la sabiduría para descubrirlas. El hombre que el mundo de hoy necesita debe tener una personalidad más firme, seguridad en sí mismo, ser dueño de sus sentimientos, sin sentimientos de culpa agobiadores, lo cual sólo conducirá a una relación con los padres matizada de cariño, comprensión, autoridad, diálogo y tolerancia.

La adolescencia es un proceso, una etapa de transición que involucra no sólo al joven que la atraviesa sino a sus padres, generando en éstos también estados críticos de confusión, y, a veces, dolor. Por eso es necesario un acercamiento amoroso, fruto del conocimiento racional y equilibrado de la psicología de la adolescencia que brinde elementos de ayuda.

Es necesario acabar con los estereotipos o ideas fijas que se tienen de los adolescentes, que pretenden enmarcarlos en una misma categoría. Por ejemplo: "Todos los adolescentes se vuelan de las clases" o "todos dicen mentiras" o "todos son rebeldes". Es negativa esta actitud pues es una falsa inducción que pretende que por uno paguen todos y además despersonaliza la relación que el padre tiene con su hijo, refiriéndola a todos los muchachos. Piense que su hijo es único e irrepetible.

Es cierto que como joven atraviesa por circunstancias similares a los otros adolescentes, pero no de la misma manera.

Ayudarse de elementos de la psicología no es volverse alcahuete, asumir la actitud del Laissez Faire. Se puede tener una actitud comprensiva, y una autoridad clara que permita al joven estructurarse y prepararse para una sociedad que reclama miembros ajustados a principios y valores suficientemente afianzados.

Es necesario que el padre del adolescente reconozca que también él pasa por momentos de inestabilidad emocional o estados de inmadurez para que pueda superarlos y crecer al lado de su hijo.

Naturalmente, no puede mirarse la adolescencia siempre como un estado crítico. Es una bella etapa de autoconocimiento, de florecimiento de nuestros sentimientos afectivos, del nacimiento de la ilusión del amor, de las ensoñaciones, de las amistades, de la búsqueda de sí mismo, de la conciencia de existir. El adolescente tiene un gran potencial de ternura y amor que puede canalizarse hacia metas elevadas: grupos de ayuda, sociales o de integración.

Recuerde que usted sólo puede facilitar el crecimiento a su hijo, brindarle elementos de moral a través del ejemplo y del diálogo, pero debe respetar su personalidad, debe posibilitarle que se explore y vaya ahondando en sí mismo en la búsqueda de lo que desea, de sus gustos y aun en la elección de una carrera.

Es importante pensar que el padre debe mantener la autoridad en la casa, en todo el sentido de la palabra, y tratando de establecer relaciones equilibradas y armónicas con sus hijos adolescentes. Que no sea mediante el chantaje de lo económico que el padre muestre la superioridad.

Es posible enseñarle a la hija, permitiendo una comunidad de adultos donde se discute, dialoga, comparte y ama. Es muy doloroso para una joven sentirse humillada en su propia casa (la casa de los padres). Un padre amoroso debe despertar el sentido de pertenencia de la hija, enseñándole a amar la casa y las cosas que hay dentro, así también desarrollará amor y más tarde orgullo de ser hija de su padre.

Recuerde que toda relación humana es conflictiva y es saludable que lo sea. Obvio, son mentes inteligentes con diferentes criterios. No podemos concebir un mundo color de rosa donde no existan discrepancias.

Entre un padre y una hija deben existir diferencias, conflicto y a veces enfrentamiento, y así mismo la voluntad de asumirlo mediante la actitud amorosa.

Por más que el padre no quiera que sus hijas tengan contacto con drogadictos, más aun en el momento actual. Pero es mediante la buena comunicación como se puede mantener el cuidado necesario. Que no sea una comunicación teniendo sólo a investigar qué pasos está dando la muchacha, sino un interés genuino en los sentimientos de ella o el de sus ilusiones, de sus metas.

En relación con el sexo, los padres deben asumir una actitud más realista. No creen que los adolescentes necesitan pedir permiso para iniciar su vida sexual o que solamente en la noche se puede tener un encuentro coital. Es necesario mantener una cercanía mediante el diálogo que los lleve, más bien, a reflexionar sobre los siguientes aspectos:1

¿Accedes a tener una relación genital por chantaje amoroso?

Es lo clásico. El novio o la pareja pide como prueba la relación coital. Muchas adolescentes que se sienten muy enamoradas, por temor a ser abandonadas inician una vida genital en contra de sus deseos, sus principios y valores, invocando un falso amor de su novio.

Por eso, es de vital importancia que los padres hablen con sus hijos sobre la verdadera definición de amor. Ayuden a sus hijas a formarse una autoestima fuerte. Que la adolescente sepa diferenciar quién la ama de verdad y cómo se expresa ese amor.

Accedes por ser “hombre” o “mujer”

El mito de la falsa masculinidad y feminidad, centrados en el ejercicio de la genitalidad que contribuye a que muchos adolescentes varones deambulen por lugares de prostitución en contra de sus principios o deseos inclusive, pero con la intención de demostrar a los demás y a sí mismos que son machos. Valdría la pena revisar cuál es el verdadero sentido de ser hombre.

De igual manera las mujeres creen que un ejercicio temprano de la sexogenitalidad las hará mujeres. También cabe que los padres les ayuden a lograr la definición acertada de ser mujer.

¿Por entrar en la moda?

Muchos creen que está de moda ir al motel y usar condón; e inician su vida sexual para no estar atrasados. Aquí es fundamental que los padres eduquen en principios tan fuertes que permitan a sus hijos lograr una estructura de personalidad consistente, la cual le servirá de guía para enfrentar este tipo de conceptos de algunos grupos.

¿Por qué tu grupo de amigos ya inició su vida sexual?

A este se le denomina presión de grupo. Todas las personas somos susceptibles a la presión del grupo al cual pertenecemos, pero más los adolescentes, que están definiendo su personalidad.

Por esta razón, los padres deben educarla de tal manera que ayuden a su hija a tener la seguridad en sí misma, que se guíe por lo que ella piensa y sepa enfrentar la presión grupal.

¿Por qué así se expresa el amor?

Muchos adolescentes se dejan llevar por la famosa frase hacer el amor, debido a que no diferencian con claridad sexo o amor, o porque tienen un falso concepto del amor. Un análisis profundo que lo lleve a tomar conciencia de la trascendencia del amor maduro, analizando antes, evitará confundir la relación genital con este hondo misterio.

Es posible que no toda relación genital conlleve la concepción, pero sí hay un alto riesgo. Un adolescente que se aventura en el sexo, ¿tiene la madurez suficiente para traer un nuevo ser al mundo, sostenerlo y brindarle el apoyo que necesita?

¿Estás consciente de la responsabilidad que implica ser madre o padre?

No se deje llevar por sus miedos. Recuerde que la vida se vive una sola vez y que la etapa de la adolescencia para todos es la época de la ilusión. Hay que enseñarle al hijo a saber vivir y disfrutar de la juventud, pero sin correr el riesgo de parte suya de no dejarle vivir la vida.

Muchos adolescentes que han escapado de la casa lo han hecho motivados a veces por esta situación, o la sensación de estar constreñidos o encerrados.

Algunas pautas concretas

Los adolescentes pueden sentir emociones intensas.

En esta etapa de la vida, más que en ninguna otra, las emociones tienden a ser más fuertes y diversas.

Debido a los múltiples cambios físicos, mentales y emocionales, por los que atraviesan, los adolescentes pueden manifestar cambios drásticos en sus estados de ánimo. La mayoría de los adolescentes tienden, más que los adultos, a llorar, reírse, molestarse, discutir y entusiasmarse; todo en un período de tiempo relativamente breve.

Uno de los cambios mentales más importantes en la vida de los adolescentes es que pasan del pensamiento concreto al abstracto. El pensamiento abstracto incluye nuevas ideas, conceptos, posibilidades y lógicas. En otras palabras, los pensadores abstractos tienden a reflexionar más que los niños. Por ejemplo, un niño pequeño piensa que la luna es del tamaño de una moneda de diez centavos porque así la ve. Al crecer comprende que la luna es mucho más grande y que, si la ve más pequeña se debe a que está a una gran distancia de la tierra.

Muchos adolescentes desarrollan un interés serio en causas como el medio ambiente, el hombre en el mundo, la guerra y los derechos humanos. Asuntos que antes le parecían sencillos e insignificantes, ahora los ve como complejos y pertinentes.

Los adolescentes necesitan y desean ver que conceptos tales como la justicia son respetados y practicados. A menudo formulan preguntas inteligentes y profundas acerca de cómo se toman las decisiones y cómo se elaboran las normas. En esta etapa, los jóvenes esperan que los adultos a quienes aman sean modelos de las virtudes que ellos admiran.

También esperan que los adultos a quienes respetan sean perfectos. Cuando los adultos los decepcionan, los adolescentes pueden convertirse en críticas muy severas. Por eso manifiestan con frecuencia la decepción hacia los mayores.

A veces nos da la impresión de que los adolescentes nos observan cuidadosamente en espera de que cometamos un error. En cierta forma esto es verdad. Pero lo hacen con el fin de desarrollar y expresar sus propias opiniones.

No haga juicios prematuros de las amistades de su hija(o). Trate de conocerla antes de juzgarla. La mayoría de las jóvenes de estas edades se expresan con vestimenta y peinados diferentes. Quieren proyectar una imagen nueva e interesante. A menos que usted esté convencido o convencida de que un amigo o amiga en particular es una mala influencia, trate de mantener su

imparcialidad.

Asegúrese de que las reglas de la familia sean apropiadas para la edad y la madurez de su hija adolescente. Sin comprometer los valores familiares, reevalúe periódicamente las reglas para asegurarse de que siguen siendo apropiadas.

Esté siempre al tanto de dónde y con quién está su adolescente, trate de conocer a los padres de los amigos de sus hijas.

Si bien es cierto que los jóvenes buscan mayor independencia durante la adolescencia, no es menos cierto que necesitan que sus padres les den mucho amor y seguridad. No hay mejor manera de demostrarles sus verdaderos sentimientos que el darles un abrazo espontáneo o demostrarles con una frase sencilla, lo orgulloso que está usted de sus hijos.

Quizá lo más difícil de la comunicación con los adolescentes es mostrar respeto de sus sentimientos. Sin embargo, es una de las cosas más importantes para comunicarse con ellos.

Los adolescentes cuyos padres toman en serio sus necesidades, sueños, ilusiones, esperanzas y fantasías, son más propensos, también, a respetar las necesidades de otras personas.

Primero que todo, los padres deben aprender a escuchar a sus adolescentes. Tenga presente que la manera en que sus padres manejan las emociones es el modelo que van a seguir los hijos.

No olvide que se deben establecer límites con los adolescentes.

Cuando los padres establecen límites razonables (explicados-argumentados, no impuestos porque sí) los hijos crecen en un ambiente seguro, porque les proveen las normas básicas y los valores importantes que tienen que respetar.

Desde luego, los adolescentes van a protestar contra las reglas y a tratar de poner a prueba los límites. Esto es normal y de eso se trata la adolescencia.

Recuerde que comprender no significa transigir siempre.

Los padres necesitan determinar lo que es justo y razonable. Si son demasiado estrictos invitan a la rebelión, rebeldía, o abandono del hogar; si son demasiado indulgentes (el "Laissez faire"), producen en sus adolescentes inseguridad y hasta problemas. Haim Ginett, en su libro "Entre Padres y Adolescentes", nos dice:

"Somos tolerantes cuando se trata de sentimientos y deseos. Somos estrictos cuando se trata de comportamientos inaceptables. Respetamos las opiniones y actitudes de nuestros adolescentes; no menospreciamos sus sueños y deseos, pero reservamos el derecho de parar algunas de sus acciones y señalar otras mejores como adultos, somos sus afables guardianes, lo suficientemente fuertes y los suficientemente interesados en ellos como para soportar la antipatía temporal que sienten cuando tenemos que defender las normas y los valores que los protegen a ellos y a la sociedad".

Índice

“Papá, tu niña ya es una adolescente”	2
Oscar Suárez	3
Presentación	4
Introducción	5
...Adolescente, ¿yo?	9
¿ ...Ser o no ser?	16
... Y dale con la autoridad...	20
¿Por qué creer?	29
¿Drogarse?	33
El novio	38
... Y ¿los amigos?	41
Música	43
Ahora hablemos de sexo...	46
Para finalizar	49
¡ALTO!	51
¡Usted decide!	52
Intentando finalizar	65
Algunas pautas concretas	69